CENIT

sociología
ciencia — literatura

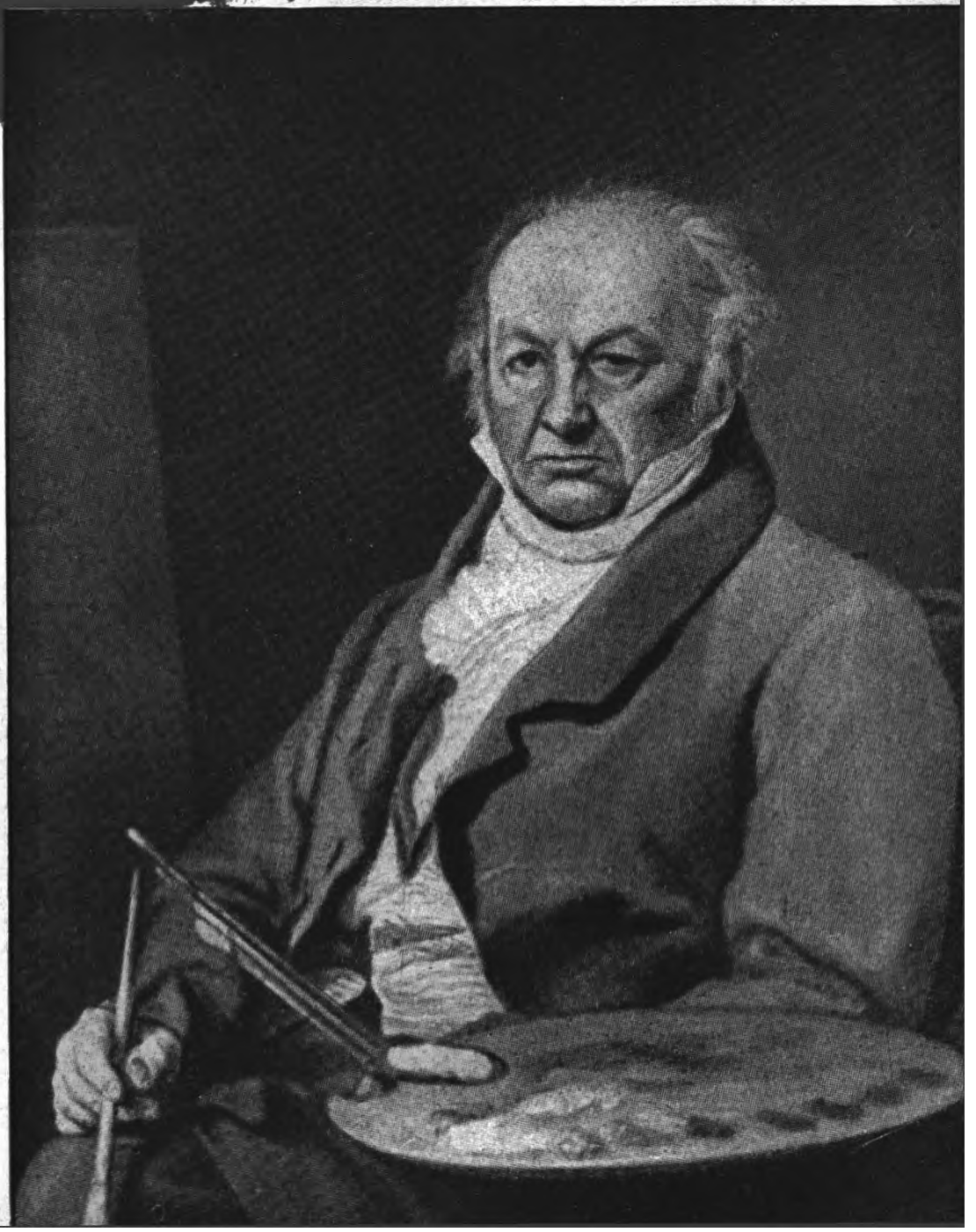
FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza 30-3.º dcha. MADRID

Sumario

Max Nettlau: **Los obreros y los campesinos tales como son.** —J. García Pradas: **Fabulilla del loro y el mochil.**—Jerome K. Jerome: **La pretensión de instruir deleitando.** — Julio Aramburu, Roberto Ardigo, Juan José Aravelo, Ou Tsuin-Chen, Eliseo Reclús: **Ideas sobre la educación.**—Ugo Fedeli: **El movimiento makhnovista en Ukrania: II. Ukrania y el movimiento insurreccional.** — Fontaura: **La cultura en las colectividades campesinas de Levante.**

NOTAS

Maurice Ashley: **Oliverio Cromwell, el anarquista espiritual.**—J. Vilageliu: **Otro pequeño episodio de la historia de España.**



Octubre 1951

10

REVISTA MENSUAL

SE HALLA EN VENTA EL PRIMER TOMO
DEL TAN ESPERADO LIBRO

LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA

Se trata del estudio más completo y documentado sobre el origen y proceso histórico del anarcosindicalismo español

Son resumidos en esta importante obra las ansias, las luchas y los martirios del obrerismo español durante las épocas de la monarquía borbónica, durante el periodo de la dictadura militar, durante el agitado régimen republicano, cuyos antecedentes condujeron a la gloriosa epopeya del 19 de Julio de 1936.

416 páginas de texto con ilustraciones intercaladas sobre papel couché. Fotocubierta a dos colores. Precio de la obra : 600 francos.

Pedidos a todos los delegados de propaganda de las FF. LL. de la C.N.T. Servicio de librería de la C.N.T. 24, rue Ste-Marthe. Paris (X). Editoriales libertarias, y a Martin Vilarrupla, 4, rue Belfort. Toulouse. (Haute-Garonne).

CENIT

**REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA**

Director : A. GARCIA.—24, rue Ste-Marthe, Paris (X).

Administrador : M. VILARRUPLA. — 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción : Francia, 180 francos trimestre ; Exterior, 210 francos.

Número suelto, 70 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros : «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año I | Toulouse, Octubre 1951 | N.º 10

LOS OBREROS Y LOS CAMPESINOS TALES COMO SON[1]

LA población agrícola de todos los países ha conseguido en todas las épocas alimentarse a sí misma y a los demás seres humanos, trabajadores y parásitos Aparte de la cantidad relativamente restringida de productos de la caza, de la pesca, del cultivo, etc., y con eso hasta tiempos bastantes recientes, ha producido casi todos los artículos de su uso personal por su trabajo doméstico. Ese hecho, que permitió a las ciudades especializarse en las industrias, atender a las ciencias y a las artes, etc., era un gran paso de la humanidad hacia la solución de la cuestión esencial de alimento para todos, la garantía de la vida misma, un resultado de organización universal infinitamente variada y evidentemente nunca creada desde arriba y centralizada. Semejante estructura, que es indispensable, tiene raíces profundas y sus alteraciones promueve grandes problemas.

Su base, desde el establecimiento de la autoridad de los fuertes sobre los débiles, era la condena de los subyugados a no hacer más que agricultura para alimentar a los dominadores, a los parásitos, y para enriquecerlos aún por lo que se vendía en su provecho a los otros hombres. Así los agricultores fueron separados del resto de los seres humanos por barreras infranqueables, y tanto la cultura y la educación como el trabajo perfeccionado, desarrollado en las ciudades, les fueron inaccesibles. A la división fatal de los trabajadores intelectuales y manuales se agregó la de la ciudad y el campo. La humanidad se desarrolló así en tres niveles, en tres ritmos diferentes—intelectuales, ciudadanos y campesinos—y entre ellos había desprecio y enemistad, aumentados por la falta de mutuo conocimiento. Todos se creen superiores al campesino y el campesino se siente enemigo de todos. No conoce sino a las autoridades que ponen la mano sobre él —grandes propietarios, receptores de impuestos, usureros, abogados, militares, etc.—, y no quiere a los obreros que le causan envidia: porque son pagados a fin de semana en buen dinero, porque no tienen preocupaciones cuando abandonan el trabajo por la tarde, y porque cree que trabajan lo menos posible, mientras que él ve raramente el dinero, depende de la lluvia o del buen tiempo, del granizo o de la helada, y debe, si es preciso, deslomarse sin tener en cuenta ni el tiempo ni el esfuerzo. Comprende en qué grado las condiciones de las ciudades le son inaccesibles, pero sabe al mismo tiempo que produce el alimento para todos y que su sola ventura consiste en la venta cara de sus productos. Eso le hace desconfiado y avaro, antisocialista por excelencia.

En estas condiciones, en los siglos pasados las rebeliones de los campesinos y las conmociones sociales y políticas del pueblo de las ciudades no han cooperado, y los campesinos se han convertido en el instrumento habitual de la reacción para aplastar a las ciudades rebeldes. Desde sus derrotas crueles al fin de la Edad Media en Inglaterra, Francia, Alemania, España, y más tarde en Rusia, los campesinos se han vuelto cautos y no se mueven más que cuando otras conmociones han quebrantado el poder. Si en los años anteriores a 1789 han quemado castillos, etc., es porque bastantes años de protestas políticas y sociales en las ciudades, la ruina de las finanzas y otros factores de subversión habían roto ya el poder real y creado corrientes de desafío audaz y lleno de esperanzas, sostenido por la opinión general. Habiendo obtenido una satisfacción notoria por la legislación revolucionaria, su sola preocupación fué el apoyo a los gobiernos que garantizaban sus adquisiciones contra el regreso al feudalismo.

En Rusia, un siglo de esfuerzo progresivo y socialista no ha levantado a los campesinos, pero cuando fué roto el poder zarista, en marzo de 1917, cuando radicalismo y socialismo estaban de moda en todas partes, los campesinos tomaron tanta tierra como pudieron, sin mucho provecho, puesto que, después de noviembre de 1917, la revolución

(1) Este trabajo, publicado hace varios años, conserva actualidad a pesar del tiempo.

socialista les reclamó por grado o por fuerza los frutos de esas tierras recién ocupadas y de las suyas propias. Entonces se produjo una lucha tenaz, terrible, que aún dura, en que la requisa de los productos agrícolas, las expediciones punitivas y todas las medidas de represión chocaron con la resistencia pasiva, con la reducción y el sabotaje de los trabajos agrícolas, con el ocultamiento o la venta clandestina especulativa del trigo.

El Estado fué victorioso nominalmente mediante las deportaciones en masa y una colectivización artificial con ayuda de los obreros y los estudiantes de las ciudades. Pero los campesinos forzados a trabajar en esas grandes empresas estatales, sabotean de nuevo el trabajo y el Estado se ve forzado a tenderles cebos de beneficio individual, lo que los campesinos aceptan sin sentirse obligados o ligados por ello. Esta lucha tenaz continúa y es intensificada por las necesidades imperiosas del Estado bolchevista, que, como en otros tiempos los grandes propietarios, quieren ganar dinero con las exportaciones de trigo para poder comprar mercaderías que le hacen falta.

En los Estados europeos que han sabido evitar casi todos los cambios bruscos hasta aquí, en Suiza, en Holanda, en los países escandinavos, sobre todo, por una hábil regularización de la producción agrícola mediante la cooperación, etc., y por las necesidades de productos agrícolas, particularmente de Inglaterra, los campesinos han adquirido una posición muy próspera, que está, sin embargo, amenazada ahora por la concurrencia de ultramar y la crisis general. En Alemania, durante su ascendencia industrial, los productos agrarios eran omnipotentes, tanto por esa razón como por el apoyo constante concedido a la reacción.

En Inglaterra, la manumisión de la tierra por los conquistadores normandos en el siglo XI ha sido mantenida hasta hoy, y cuando la industria creciente del siglo XIX exigió imperiosamente que el trigo fuera importado libremente, el campesino inglés, entre los grandes propietarios feudales y el trigo y demás alimentos importados de todas partes, casi desapareció, lo que explica que hubiese tantos proyectos de nacionalización de la tierra; pero la resistencia fué tenaz, a veces revolucionaria, y la pequeña propiedad campesina fué al fin establecida y también la autonomía de la parte católica de las islas.

El maquinismo y la emigración a América, Australia, etc., redujeron la población de los campos, y las industrias acrecentadas en mano de obra aumentaban la necesidad de los productos agrícolas en Europa. Entonces sobrevinieron las importaciones enormes de Rusia, de los Estados Unidos, de la Argentina, del Canadá, de Australia, etc., y los agricultores europeos reclamaron a grandes gritos la protección aduanera, lo que los industriales (amenazados con tarifas de aduana) y los obreros amenazados por la carestía de los víveres y la declinación industrial) combatían. En esas circunstancias, el voto político de los agrarios se vendía por costumbre a los gobiernos conservadores para tener en jaque a los industriales nominalmente liberales y a los obreros socialistas. Con esto, en algunos países, los campesinos, siempre clericales, se asociaban con los partidos de la pequeña burguesía anticapitalista, antisemita, muy autoritaria y profundamente antisocialista; de ese ambiente, atrasado y brutal, es de donde han salido los fascistas, hijos perdidos de todas las reacciones. Infinitamente egoístas e ignorantes, autoritarios y brutales, esos grupos intermedios han envenenado la vida pública, principalmente en la Europa central, donde no hay medio de poner fin a sus maniobras y chantajes, pues realmente los campesinos de esos países no pueden soportar la concurrencia de ultramar ni la de los países europeos de suelo rico y de vida barata De esa situación surgen presiones violentas, mercantilismos sórdidos, y la vida cara se vuelve más cara aún y los campesinos y los obreros se detestan un poco más todavía. Hace poco, a consecuencia de la conferencia británica de Ottawa, fenómenos semejantes se han producido entre los países de producción agraria: la Argentina, los países escandinavos, especialmente Dinamarca, se veían amenazados en sus exportaciones agrarias al mercado de Londres, y estaban descontentos.

Los conflictos de intereses no pueden ser resueltos en tanto que exista la economía individualista, y los campesinos se apegan más que nadie a esa economía. Es la consecuencia fatal del aislamiento forzoso, de su condena secular a ser los «esclavos de la tierra». No conocen más que la tierra, y se adhieren a ella; no la dejarán, y si se les molesta demasiado, sabotearán la producción, como en Rusia, o quemarán las cosechas como en Andalucía. Se les ha podido reemplazar sobre el suelo virgen americano por algún tiempo, pero cuando ese suelo exige cuidados especiales, vuelven. Cómo satisfacerles, es cuestión que la tendrá que afrontar cada país.

Los campesinos y los labradores pueden emplear los medios más violentos, pero no por eso son rebeldes. Había y hay focos de revuelta agraria en Irlanda, en Andalucía, en Méjico, en Bolivia, en la isla de Java, en Rumanía, en Sicilia y otras partes de Italia pero fueron y son al mismo tiempo focos de feudalismo, de explotación más que cruel, de negligencia social increíble, lo que localiza esas revueltas y hace la mejora relativa de la vida del campesino, como ha ocurrido en Irlanda.

El socialismo ha sido impotente frente a la cuestión de la tierra. Nada más fácil que declararla uno de los medios de producción, y por consiguiente pedir su socialización. Muy fácil es también el grito: la tierra para el campesino, la mina para el minero, la fábrica para el obrero. Hay una contradicción absoluta en esas proposiciones: lo que es de la colectividad no puede ser del «campesino», del «minero», del «obrero». Queda, pues, el usufructo con pago de impuesto a la sociedad (Henry George), sea ese usufructo individual o corporativo (Hery George), o no será concedido más que a las asociaciones agrícolas (el colectivismo de la Internacional) y estas asociaciones serán autónomas para la admición de miembros, lo que les permitirá establecer un «numerus clausus» o el acceso absolutamente libre (Hertzka, «Freiland»). Creo que estas son las proposiciones del socialismo libertario, y no me detengo en las del socialismo estatal ni en las de un individualismo no socialista.

Hay aún proposiciones socialistas y libertarias que resuelven la cuestión aboliendo al campesino. Son las amalgamas del trabajo intelectual, indus-

trial y agrícola, que desde Fourier y Robert Owen se proponen para todos los falanterios y comunidades voluntarias experimentales. Todos cambiarían con placer un trabajo por otro, todos irían con gusto del gabinete de estudio al taller, del taller a los campos, de los campos a una ocupación artística o viceversa. En más vasta escala, César De Paepe concibió asociaciones industriales que iban a los campos a ayudar a la cosecha, y asociaciones agrícolas que concurrían a los talleres en la estación de las lluvias y los fríos (1863). Bakunin preconizó la reunión del trabajo intelectual y manual, tan torpemente separados (1866), y Kropotkin, por su parte, insistió en cierta «integración del trabajo», como él la llamó, y abogó por la «aldea industrial del porvenir» (1888), como William Morris quiso devolver al trabajo sus cualidades estéticas perdidas y al arte su puesto en la vida de todos los días.

Kropotkin fué más lejos: para poner fin a la concurrencia, a la superioridad de las condiciones de una localidad sobre las de otra, imaginó igualarlas produciendo de todo en todas partes: los productos de los países cálidos bajo vidrio y con calefacción en los países del Norte, y oponiendo al trigo de las grandes llanuras americanas el obtenido en una tierra caldeada que podría hallarse no importa dónde. Me ha parecido siempre que, aun cuando esas dos cosechas, la natural y la artificial, fuesen iguales, la necesidad de los gastos de instalación para la cosecha forzada establecería una desigualdad e impondría un sacrificio destructivo de toda solidaridad, pero no entraré en esos detalles.

Ahora pregunto: ¿Qué acogida han encontrado esas proposiciones entre los campesinos? Ninguna. El campesino sólo dice: el que nos quite la tierra tendrá que vérselas con nosotros; si se nos da la tierra, la aceptaremos, pero la cultivaremos, sea individualmente, sea por métodos de cooperación, de máquinas en común, de ayuda mutua o de otros acuerdos voluntarios que nos convengan, y dispondremos individualmente de la cosecha. El campesino de Irlanda y de Rusia, de Dinamarca y de Andalucía, están de acuerdo en este punto. Los socialistas, que dispondrían de los productos industriales, no tienen que responder sino que los campesinos no tendrán esos productos, indispensables para ellos, salvo en condiciones que les convengan. No podrán hacer otra cosa, porque no se puede obrar como comunista ante quienes sostienen un derecho de propiedad sobre objetos de importancia vital.

Puesto que arreglos recíprocos serán necesarios, va a ser preciso hacerlos con buen humor y lealmente. Sólo de esta manera los campesinos tendrán confianza y las fraternizaciones podrán reemplazar a las estipulaciones. Contra un Estado armado hasta los dientes, que alternativamente los halaga y los depoja, como en Rusia, los campesinos, con su mala voluntad, ejercen siempre una venganza, aunque les cueste cara. No conocen más que esto aún, porque la socialdemocracia, con sus discusiones programáticas sin fin, les ha dejado siempre en suspenso entre la vida y la muerte: hay que colectivizarlos; hay que dejarlos tranquilos; hay que expulsar al campesino y dar la tierra a sus jornaleros. Todas sus posibilidades agradables y desagradables fueron continuamente discutidas por los socialdemócratas en las barbas de los campesinos y los campesinos no supieron nunca si eran considerados como camaradas, trabajadores (trabajan muy frecuentemente) o si eran considerados como enemigos capitalistas (les gusta el dinero y quisieran tener lo más posible)... El campesino no debe querer que se le considere bueno para ser eliminado, como una mala hierba, y tiene su opinión propia sobre los obreros que irían del taller al campo, según la lluvia o el buen tiempo, y si hubiese conocido los proyectos de Kropotkin se habría quizás reído y se habría sentido bien seguro en tanto que no haya medios más eficaces para hacerle desparecer.

Toda la sociedad es culpable de haber impuesto al campesino su vida aislada. Le ha sido preciso vivir, durante siglos en verano y en invierno, en campo raso, en los claros de los bosques, en las pendientes de las montañas, o cerca de los pantanos, absolutamente en todas partes donde un poco de suelo arable valía la pena de ser labrado. Fué diseminado así a través de todos los países, pero siempre clavado a la gleba, lejos de los centros de cultura, privado de educación y adscrito a un rudo trabajo. Es, pues, un hombre del pasado entre nosotros, y si los obreros de nuestros días se han hecho capaces de vivir como socialistas, como anarquistas, de esto mismo se desprende que los campesinos no lo serían o no lo son todavía. Por capaz entiendo querer y poder, una voluntad que da impulso y cualidades que permiten una creación.

Pero dejemos eso. Como para los intelectuales y los técnicos, también para el campesino el socialismo libertario será el único que tendrá atracción; se sabe víctima del Estado, y por eso le echa ferozmente la mano al cuello, si puede, como un lobo, para no ser devorado por él. Sólo los anarquistas sabrán entenderse con el campesino. «Entonces, después de entenderse con él», la tierra es bastante amplia para intentar amistosamente todas las combinaciones entre las formas diversas de trabajo.

Max NETTLAU

FABULILLA DEL LORO Y EL MOCHIL

Esta pieza, procedente de un cuento popular, tanto tiene de jácara escénica cuanto de paso a la antigua usanza, y puede ser representada, sin escenario especial, donde a mano venga: carreta en era, tablado en plaza, corrillo en prado... Si va a escena en un teatro, no pide más que un telón de fondo y dos entradas laterales. Supongamos que es en un teatro donde se representa. Oyese fuera (otros dicen «dentro»), a la izquierda, alegre bulla de panderos y pregones:

UN MOCHIL ¡La jácara deleitosa
del loro, lorito real!
UNA MENDIGA: ¡La de las falsas palabras
del parrajaco galán!

UN CIEGO, canturreando el pregón:

¡Mocitas mocitos,
anímense ya,
que se oye de balde
y ha dicho el alcalde
que muy bien está!
LA MENDIGA: ¡La cómica jácara
del pícaro pájaro
y el chiquilán!

EL MOCHIL, que, al entrar en escena por la izquierda trayendo en las manos un panderico, muestra asombro al ver el público, se detiene un segundo y vuelve la cara atrás, para dar aviso a quienes le siguen:

¡Albricias, madre, que hay gente!

LA MENDIGA, fuera aún:

¡Tú ves visiones, rapaz!

Entra en escena ella ahora. Tendrá de treinta y cinco a cuarenta años, y aspecto de arpía brava. Trae un pandero mediano, con algunos cintajos en su arete; y, con gesto que abarca solamente el escenario desierto, grita al MOCHIL:

¿Dónde la gente de que hablas,
si no se atreve a asomar
la nariz a los balcones?

Repara en el público, se maravilla un instante, y con una zapateta de alegría, se escapa por donde vino.

EL CIEGO, fuera: ¿Que hay gente, dice el zagal?

Balcones, ventanas,
fachenda, ya habrá;
dineros de lance
y amor al romance,
ni en sueños; ¡quiá, quiá!

LA MENDIGA, fuera, y en voz baja, pero viva:

¡Gallo o clueca, cierre el pico
y acabe el quia-quia-ra-quiá,
que ya está lleno de huevos
el nidal!

LA MENDIGA trae de la mano al CIEGO, quien viene con un pandero descomunal, del que cuelga una redada de borlones o madroños, a la que da remate una moña de algodón o de lana, bastante gruesa y muy chillona de colores: rojo, verde, azul, etc., la cual moña está atada a un hilo fino, imperceptible a diez pasos, que el CIEGO puede manipular a su antojo. El es un pícaro leñoso, de campesina raíz, avejentado, enjuto y serio, que, para más parecerse a su prototipo físico—el Ricardo Baroja de hace veinte años—tiene un parche sobre un ojo. Los tres personajes, al reunirse en el escenario, muéstranse tímidos, mas sólo por un instante.

LA MENDIGA, al CIEGO, y en voz baja:

Córrale, padre, a la faja
los dos anillos atrás,
que aquí se acaba el pedir
si más que las gracias dan...

EL CIEGO: Pues ¿qué es ello, suerte de ojos?
LA MENDIGA: ¡Un potosí sin minar!
EL MOCHIL: ¡Caras de plata, oro, cobre...!
EL VIEJO: ¡Tira a degüello, zagal!
Y tú, mujer, ¿en qué piensas,
que no te desgreñas ya?
LA MENDIGA: ¡No apure!
EL CIEGO: ¡Cómo que no!
¿Tú con pico, y sin picar?

Alza aquí el CIEGO el pregón, y agita su gran pandero, para anunciar la venida del romance:

¡Ejemplo del papagayo
y el crédulo chiquilán!

EL MOCHIL, zurrándole al panderico a la vez que la MENDIGA se desgreña de una sola sacudida de cabeza, que hace saltar sus horquillas por el aire:

¡La jácara pico-pícara
del loro, lorito real!

LA MENDICA, con brusquedad y arremango, alharaquienta y chungona, convirtiendo la jácara en triquitraque:

Pues érase que se fué,
qué sé yo donde, un indiano
que trajo un loro, lorito,
que un loro, lorito, trajo.
Sus paisanos que lo vieron,
¡vieras tú allí a sus paisanos
mirar el pájaro pinto,
gualdiverde, verdigualdo!
De pronto, púsose a hablar,
y, ¡ay, si se daban al diablo,
creyendo que él les hablaba
por boca del pajarraco!
Tan solo dos bullebulles
—la Gurriata y el Gurriato—,
que al mismo Pedro Botero
rabón habrían dejado,
se la tiraban así:

EL MOCHIL, imitando dos huecas voces, una de mujer y otra de hombre:

¡Pico tuerto! ¡Malcarao!,

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

LA MENDIGA: Y el loro se la volvía:

EL CIEGO, con irritada voz de loro:

¡Mal casada! ¡Cornigacho!

EL MOCHIL, con gran bullanga del panderico y dando vueltas de danza en torno a las dos figuras:

¡Ja, ja, con el loro pinto!

LA MENDIGA: ¡Ja, ja, con el deslenguao!
EL MOCHIL: ¡Ja, ja, con el loro, loro,
lorin, lorete, lorito, riau!

Y al acabar el último verso termina de un salto el baile, quedándose arrodillado, gacho de cara y como ocultándola en el pandero, con todo lo cual sugiere la precaución de quien salta a huerto ajeno.

LA MENDIGA, volviendo a la carga, pero menos repelona.

Y ha de saberse que un día,
tras haberlo alicortado,
del jaulón en que penaba
sacó al lorito el indiano.
Sacólo al huerto florido,
tiróle una piedra al gato,
dejó en un peral al loro,
y... ¡hasta luego, resalao!

EL MOCHIL, furtivo aún de ademán, levanta la vista y la dirige al gran pandero del CIEGO, que éste levanta sobre su cabeza, como haciendo de él la fronda del peral; y se fija en la moña, como si fuera el loro de la jácara, a cuyo texto irá ajustando sus gestos.

LA MENDIGA: Pero, apenas se fué el dueño,
vió al pajarico en el árbol
un chiquilán que a la villa
del villorrio era bajado.
Por peras entró en el huerto,
por peruquillos tempranos,
y al pié de la tapia dijo:
EL MOCHIL: Pero... ¡perucos, qué pajaro!

LA MENDIGA, sofrenando el relato, para hacerlo más intrigante:

Lo vió el mochil en la copa
con ojos encandilados;
muy quedo, quedito, así,
se arrima al tronco del árbol,
fija en el pájaro pinto...

EL MOCHIL, en un susurro inconsciente, y ya agachado a los pies del CIEGO:

¡Qué pinto, madre, y qué raro!

LA MENDIGA: ... fija en el loro alicorto
su miradica de gato;
tan codicioso del ave,
del avechucho manchado,
que por él diera la luna,
de ser pandero en su mano.

EL MOCHIL, que, fija en la moña la mirada, se enderaza un poco, abre los brazos, de manera que el CIEGO, con su mano

izquierda, pueda tomarle la pandereta sin hacer ruido; y a la vez exclama con sofocada emoción:

¡Ay, madre mía,
madre, qué majo!

Dicho lo cual, empieza a trepar por el CIEGO, como si fuera por el peral del romance.

LA MENDIGA: Trepa que trepa el rapaz,
lengua fuera, boca en caldo,
ya se metía en la fronda,
ya trasudaba entusiasmo;
pero, diciéndole:

EL CIEGO, con voz de loro: ¿Qué haces?

LA MENDIGA: ...el loro le dejó helado.
Ya mire a diestra o siniestra,
siniestro mira el muchacho,
creyendo que quien habló
fué el dueño del pajarraco;
mas como a nadie divisa,
pierde el temor de un trancazo,
siéntese solo, y prosigue,
trepa que trepa, trepando.

EL CIEGO, a medida que el MOCHIL sube por él, eleva el pandero o aparta la moña mediante el hilo que la sujeta a sus dedos, según pida la siguiente descripción:

LA MENDIGA: Que uno ataca, que otro esquiva,
tal de frente y cual de lado,
saca la lengua el mozuelo,
cruza piernas, cierra brazos,
y el loro, que por la rama
se aleja pasito a paso,
cuando a él la mano se tiende,
protesta:

EL CIEGO: ¿Qué haces muchacho?

LA MENDIGA: Vuelve el golpe de terror,
que me lo dejo parado,
y en torno mira, remira,
vira los ojos mirando.
Pero el mochil nada ve,
si no es el loro cercano,
ni oye más que una campana:
su corazón a rebato.
¡Tan cerca el pájaro pinto,
tan cerca, y aliquebrado...
que esquiva su pico tuerto
y a su alboroto echa mano!
Ya le agarró, ya le baja,
ya se descuelga del árbol,
ya pone los pies tierra
y entre mimos le habla enfados...

EL MOCHIL, con la moña en la mano, como si fuese ralmente un loro:

¡Ay, pico tuerto, picón,
no me des más picotazos,
que si me picas te pico
y aquí picadillo te hago!
Comiendo yema de huevo
te has puesto como un canario;

rabocandiles azules
de cielo te han empolvado;
pica que pica la hoja,
del peralico al manzano,
las ranas de San Antón
de verderón te pintaron,
y al ir a beber al río,
te puso babero blanco,
con tornasol y cenefa
de colorines, un sapo:
¿qué más quieres, arco iris
del peralico al manzano,
del río al aro de sol,
de este huerto a mi cercado?
¿Por qué, pillastre, te vuelves
a los dedos de mi mano
como se vuelve a las piernas
del jinete el mal caballo?
¿Cómo a ti, tan rebonico
del copete al colirrabo,
tal pico de gavilán
y garras de azor te han dado?
¿Qué mira la lentejuela
de esmeralda y ojo claro
de ese ojo, ojirri, orrijín,
ojirritico espantado?
Ven, torerín de mis... ¡Ay!

LA MENDIGA, riendo: Fué a besarle, y a los labios
le vino el acial del loro,
que no consiguió alcanzarlos.

EL MOCHIL: ¿Con esa chasca me vienes?
¡¡Como Minguillo me llamo,
que has de llevar la paliza
que te mereces, por malo!

LA MENDIGA: ¡Ay, ay, ay, que le da,
que le dió un papirotazo,
y el pobre loro, lorito,
maréese, casi calvo!

Y ella misma, abierta y gacha de brazos hace los gestos de un loro que perdiera el equilibrio; mas al instante se para y se enfarruca, para añadir:

Pero revuélvese el bicho
con el tozuelo encrespado,
y allá te van, que te fueron,
sus carraspeos indianos:

EL CIEGO, hierático, pero tremendo de voz:

¡Berrajjk! No friegue, carijo!

EL MOCHIL, atónito: ¡Guay!
EL CIEGO: ¡Pa su taita, berraaaco!

EL MOCHIL, espantado, tira la moña—con ademán de echar un ave a volar—al pandero del CIEGO; y, al mismo tiempo que éste, al cogerla deshace su hieratismo y desencanta su ceguera, cae de rodillas diciendo:

¡Pe... pe... perdone el señor,
que es que creí que era un pájaro!

LA MENDIGA y EL CIEGO, cada cual por su lado, cogen al MOCHIL y le ponen de pie cara al público. Hacen los vie-

jos su reverencia. Es de suponer que haya algún aplauso para los buenos actores... Devuelve el CIEGO su panrico al MOCHIL, mientras por el otro lado le aconseja...

LA MENDIGA: De palabras y apariencias
no se fía el avisado.
Pon el bicho en entredicho,

La pieza, en sí misma, ha terminado; pero le añado dos estrambotes accidentales, por uno de los cuales cabe optar. He aquí el primero:

EL MOCHIL, dirigiéndose al público:

Las apariencias engañan,
como este ejemplo ha probado
y está probando la nuestra
con el disfraz que llevamos.
Baste ya y sepan ustedes
con qué gente están tratando.

Muestran los tres el dorso de sus panderos—que, si es ésta la preferida terminación, no habrá sido vista por el público hasta ahora—, y en cada parche se lee una de estas inscripciones: «F. A. I.», en el de la MENDIGA; «F. I. J. L.», en el del MOCHIL, y «C. N. T.» en el del CIEGO. Tras lo cual, dice el representante de cualquiera de esas entidades, si de ella depende la representación:

Palabras tienen los loros
y dan los monos aplausos;
por lo que tengan y den
para el entierro de Franco
sabremos qué son ustedes;
y... ¡perdón pero allá vamos!

Bajan del escenario los tres, e invaden la sala—uno, por el centro; los otros dos, por los lados—, convirtiendo sus panderos en bandejas petitorias; y es de esperar que el auditorio represente su papel... Pero pasemos al segundo estrambote, que es otro modo de sacar cuartos... Supongamos que este pequeño entremés ha sido impreso en un folletito y es representado en un festival a beneficio de los mutilados de guerra, de la S. I. A. o de cualquier entidad del Movimiento Libertario. En tal caso, una vez terminada la representación con los consejos de la MENDIGA al MOCHIL, pasa lo siguiente:

EL CIEGO, sacándose de la faja o de los bolsillos un manojo de ejemplares del folleto, grita:

¡Y ahora, vengan mosquitas a la miel!
¡Venga lluvia de abril
a mi vergel,
y un enjambre a la flor de mi pensil!

LA MENDIGA y el MOCHIL saquean al CIEGO, arrebatándole ejemplares, y los tres bajan a vendérselos al público, alternando sus pregones por la sala no sin contar con la ayuda de quien saca al escenario un encerado o un cartel en el que advierte el precio del folletito y el fin benéfico de la venta.

EL CIEGO: ¡Compren todos el pliego de cordel
FABULILLA DEL LORO Y EL MOCHIL!

EL MOCHIL: ¡Dinero y cierra España! ¡Sus, y a él!

LA MENDIGA: ¡Al regalo del mozo de laurel
a la moza del fresco perejil!

EL CIEGO: Ratoncitos de todo cuchitril:
¿quién le pone a este gato el cascabel?

EL MOCHIL: ¡Pececitos de plata al esparvel!

LA MENDIGA: ¡Al romance gentil
prisionero en la torre de marfil!

EL CIEGO: ¡Al pliego de cordel
FABULILLA DEL LORO Y EL MOCHIL!

EL MOCHIL: ¡Venga, mano al bolsillo, y luego, a él!

LA MENDIGA: ¡Manojito de albahaca y toronjil,
que a su novia regala el buen doncel!

EL CIEGO: ¡Vengan blancas ovejas al redil!

EL MOCHIL: ¡Y cobrizos cangrejos al retel!

LA MENDIGA: ¡Venga plata tañendo el añafil,
venga cobre batiendo el tamboril!

EL CIEGO: Plata, cobre o papel,
¡al rescate del rey, preso en Argel!

EL MOCHIL: ¡A la jácara, jácara sutil!

LA MENDIGA: ¡Al romance galán, que engendró mil!

EL CIEGO: ¡Compren todos el pliego de cordel
FABULILLA DEL LORO Y EL MOCHIL!

Y, si no hay quien añada más vocablos para rimar con «redil» y con «retel», aquí se apaga el candil, porque al autor se le acaba hasta el papel...

J. GARCIA PRADAS

LA PRETENSION DE INSTRUIR DELEITANDO

LOS conocimientos útiles no creo que sean mi «fuerte». Esta creencia no es caprichosa, sino que he llegado a ella por la experiencia.

Al principio de mi vida periodística estuve en un diario, precursor de muchos de los más populares de hoy día, en el que pretendíamos instruir deleitando. En cuanto a lo que era instrucción y lo que era deleite, el lector tenía que juzgar por sí mismo. En nuestro periódico dábamos consejos sobre el matrimonio... Unos consejos serios y algo largos, que, si los hubieran seguido nuestros lectores, hubieran sido la envidia del mundo de casados. Poníamos al corriente a nuestros lectores de los medios de hacer una fortuna con la cría de conejos, dando números y hablando de hechos. Lo que seguramente les sorprendería es el que nosotros no abandonáramos el periodismo y montáramos una granja para esta cría. Constantemente daba yo datos concluyentes, tomados de fuentes autorizadas, probando cómo un hombre que estableciese el negocio de la cría de conejos con una docena de ellos escogidos y un poco de inteligencia, podía estar, al cabo de tres años, recibiendo una renta de dos mil libras anuales, aumentando rápidamente; era un negocio que se hacía por sí solo, aunque uno no quisiera, aunque no deseara el dinero; aunque luego tampoco supiera qué hacer de él, allí lo tenía, ese era el hecho. Por mi parte nunca he encontrado a nadie que se dedique a la cría de conejos, con las dos mil libras anuales, aunque sé de muchos que empezaron con la docena requerida para el caso, y de lo más escogido de la raza. Siempre ha habido algo que ha venido a entorpecerlo; quizá sea que la atmósfera constante de las conejeras atrofie la inteligencia.

Instruíamos a nuestros lectores sobre el número de calvos que hay en Islandia, y, por lo que sabíamos, puede que nuestros cálculos fuesen correctos. También hablábamos del número de pescadillas, colocadas con la cola en la boca, que sería necesario poner para alcanzar desde Londres a Roma, lo cual podía ser útil a cualquiera que deseara colocar una línea de pescadillas de una a otra capital, pues le facilitaba que pidiese la cantidad necesaria desde el principio. Dábamos a conocer, asimismo, el número de palabras que habla una mujer, por término medio, y una porción de conocimientos útiles como éstos, calculados sencillamente para hacer a nuestros lectores más sabios que los de cualquier otro periódico.

Les enseñábamos a curar los ataques de los gatos. No es que crea yo, ni creyera entonces, que se pueda curar los ataques felinos; si tuviera un gato con ataques, lo anunciaría para venderlo o lo daría a cualquiera; pero nuestro deber era proporcionar conocimientos a quien los pidiese. Hubo algún loco que preguntó esto, y yo me pasé la mayor parte de una mañana investigando para poder dar la información necesaria. Por fin, encontré lo que deseaba al final de un libro de cocina. Nunca he podido comprender qué es lo que hacía allí; no tenía nada que ver, en absoluto, con la materia del libro, ni decía nada sobre la posibilidad de hacer algo sabroso con un gato, aun cuando estuviese curado de ataques. La autora lo había puesto allí por pura generosidad; por mi parte, sólo sé decir que ojalá no lo hubiera hecho, pues fué la causa de una porción de correspondencia violenta y de la pérdida de cuatro suscripciones, si no fueron más. El que nos pidió el consejo dijo que el resultado de seguirlo había sido un daño de dos libras y media a la loza de la cocina, sin contar el cristal de una ventana que se rompió y probablemente el envenenamiento de su propia sangre. Unido a todo esto, los ataques de su gato estaban peor que nunca. Sin embargo, la receta había sido sencilla: se sostenía el gato entre las piernas suavemente para no hacerle daño, y con unas tijeras se le hacía un corte agudo en el rabo; no había que cortarle en redondo un trozo de rabo; había que tener cuidado de no hacer esto; se le hacía simplemente una incisión.

Como le explicamos al suscriptor, el mejor sitio para hacer la operación era el jardín o la azotea: nadie que no fuese un idiota hubiera intentado hacerla en la cocina y sin la ayuda de nadie.

También dábamos información en nuestro periódico sobre cuestiones de etiqueta y hablábamos de la manera de dirigirse a los nobles, y a los obispos, como también de la manera de tomar la sopa. Instruíamos a los jóvenes tímidos sobre la manera de adquirir gracia y desenvoltura en los salones; enseñábamos a bailar por medio de diagramas; resolvíamos las dudas que tuvieran en cuestiones religiosas y les proporcionábamos un código de moral que era como una ventana con cristales empañados.

En la parte financiera nuestro diario no era un éxito; se había adelantado a su tiempo, y, por lo tanto, el personal era limitado. Yo tenía a mi cargo los «Consejos a las madres», que escribía con ayuda de mi patrona, una señora que se había divorciado de su marido y que había enterrado a cuatro de sus hijos, por cuya razón la consideraba yo como una autoridad en materias domésticas. También tenía a mi cargo «Ideas sobre muebles y decoración de la casa». Esto con dibujos. Era mía también una columna de «Consejos sobre literatura para los principiantes». Con toda el alma les deseo que mi guía les haya servido más a ellos de lo que me ha servido a mí; y, por último, también me correspondía el artículo semanal sobre «Palabras claras a los jóvenes», que lo firmaba «Uncle Henry». Este «Uncle Henry» era un viejo de gran experiencia y una gran simpatía para la nueva generación. Había tenido sus penas en la lejana juventud, y sabía muchísimas cosas. Hoy día, cuando leo los consejos de «Uncle Henry», todavía me parecen buenos y sanos consejos. Pienso que si los hubiera seguido mejor, hubiese sido más instruído, cometería menos faltas y estaría más satisfecho de mí mismo de lo que lo estoy.

Una mujer pequeñita que vivía en un cuartito que le servía de sala y alcoba, en la calle de Tottenham Courst, y cuyo marido estaba en un manicomio, hacía nuestra columna de «Recetas culinarias». «Observaciones sobre la educación de los niños» (de consejos y observaciones estábamos llenos) y una página sobre las «modas de la temporada», escrita en un estilo impertinente y personal que no ha desaparecido del todo, según me dicen, del periodismo moderno: «He de hablaros de la «divina» levita que llevé la semana pasada en «Gloricus Goodwood». El príncipe C..., pero «no» quiero repetiros todas las cosas que dice este necio; es demasiado alocado... y la querida condesa me parece que estaba un poquito celosa». Y continuaba así.

¡Pobre mujer pequeñita! Parece que la veo con su miserable alpaca gris llena de manchas de tinta, que quizá algún día en «Gloricus Goodwood» o en cualquier otra parte le hiciera subir el color a las mejillas.

El propietario del diario (uno de los hombres más ignorantes y de más cara dura que he visto en mi vida: lo recuerdo escribiendo gravemente a un corresponsal que Ben Jonson había escrito «Rabelais» para pagar el entierro de su madre y riéndose con gana cuando le señalaban sus equivocaciones) escribía con ayuda de una enciclopedia barata las páginas dedicadas a «Información general»; por lo común lo hacía muy bien; y el muchacho de la oficina, con un excelente par de tijeras, estaba encargado de la «Sección amena».

El trabajo era mucho y poca la paga; pero nosotros vivíamos satisfechos con la idea de que estábamos instruyendo al prójimo y mejorando su condición. De todos los juegos del mundo el más conocido y popular es el de la escuela: se cogen seis niños y se sientan en el umbral, mientras uno se pasea arriba y abajo con el libro y el puntero. Lo jugamos de niños, de muchachos, de hombres...; lo jugamos cuando, ya viejos y achacosos, nos inclinamos hacia la tumba. Nunca lo encontramos soso ni nos cansa; sólo hay una cosa que lo cambia, y es la sustitución del maestro, pues los otros seis reclaman el derecho a su turno. Estoy seguro de que la razón de que el periodismo sea tan popular, a pesar de sus muchas desventajas, es ésta: que cada periodista se cree ser el muchacho que se pasea arriba y abajo con el libro y el puntero; el Gobierno, las clases, la masa, la sociedad, el arte y la literatura son los otros seis niños sentados en el umbral; el periodista los instruye y los mejora.

Pero me estoy perdiendo en disgresiones.

He venido a recordar todo esto cuando estaba tratando de excusarme por el desagrado que me causa en la actualidad ser un vehículo de todo conocimiento útil. Volvamos al asunto:

Alguien que se firmaba «Capitán de Globo» escribió preguntando en qué forma podía hacerse el gas hidrógeno; es una cosa bien fácil de conseguir; por lo menos así me pareció a mi después de leer sobre el asunto en la biblioteca del Museo Británico; sin embargo, aconsejé al «Capitán de Globo», «quienquiere que fuese» que tomase toda clase de precauciones para evitar una desgracia. ¿Qué más podía hacer yo?

Diez días más tarde se nos presentó en la oficina una señora de un rostro colorado, llevando de la mano lo que decía que era su hijo de doce años. La cara del muchacho estaba falta de expresión hasta un extremo verdaderamente notable; su madre nos lo puso ante las narices de un empujón quitándole el sombrero al mismo tiempo, y entonces me di cuenta de la causa de esto: no tenía cejas en absoluto y de su pelo no quedaba más que una especie de polvo estropajoso que daba a su cabeza la apariencia de un huevo duro pelado y pintado de negro.

—Este era un muchacho hermoso la semana pasada, con pelo natural rizado—dijo la señora, que hablaba en un tono que daba a entender que se estaban preparando acontecimientos.

—¿Qué le ha pasado?—preguntó nuestro jefe.

—Esto es lo que le ha pasado—contestó sacando del manguito un ejemplar de nuestro periódico de la semana pasada con el artículo mío sobre el gas hidrógeno marcado con lápiz azul, y poniéndonoslo ante los ojos.

Nuestro director lo tomó, leyó todo el artículo y preguntó luego:

—¿Era este muchacho el «Capitán de Globo?

—El era sí, señor, el «Capitán de Globo»; la pobre criatura inocente... y ahora mírelo usted.

—Es posible que le creza atra vez ese pelo—añadió nuestro jefe.

—Es posible que le crezca y es posible que no —continuó la señora levantando cada vez más el diapasón.— Lo que quiero saber es lo que va usted a hacer de él.

Nuestro director le propuso que le lavara la cabeza al chico. Al principio me pareció que se nos iba a comer el jefe la buena señora; pero por el momento se abandonó a un chaparrón de palabras. Parece ser que lo que ella quería no era lavarle la cabeza sino que le diesen una indemnización; hizo también algunas observaciones sobre el carácter general de nuestro diario, su utilidad, su pretensión del apoyo público y la sabiduría y buen sentido de sus colaboradores.

—Yo no veo que eso sea culpa nuestra—dijo nuestro jefe, que era un hombre de modales apacibles.— El chico quiso informarse y lo consiguió.

—No trate usted de gastar bromitas—dijo la señora (estoy seguro de que no había tratado de gastar bromitas de ninguna clase, pues nunca le daba por ahí), —o va a tener usted algo que no esperaba. Si no fuera por mirar...

Dijo esto con tal rapidez, que nos hizo volar a todos, como gallinas espantadas, detrás de nuestras sillas respectivas.

—A lo que he venido—continuó la fiera— es a ponerle a usted la cabeza igual.

Seguramente se refería a la del muchacho; luego añadió algunas observaciones sobre el aspecto personal de nuestro jefe, que me parecieron de muy mal gusto. Vamos, que no tenía nada de agradable esta señora en ningún sentido.

Soy de opinión de que si hubiese llevado a cabo la acción con que amenazó, las cosas no hubieran ido muy lejos, pues nuestro jefe era un hombre experimentado en la justicia y tenía por principio el evitar siempre que fuese posible. En una ocasión le oí decir:

—Si me parase un hombre en la calle y me pi-

diese el reloj, no se lo daría; si me amenazara con quitármelo a la fuerza, me parece que, aun cuando no tengo nada de guapo, haría cuanto pudiese en su defensa; si, por otro lado, me manifestase su intención de conseguirlo por medio de los tribunales de justicia, me lo sacaría del bolsillo, se lo daría y me quedaría pensando que me había salido barata la cosa.

Así es que arregló el asunto con la señora del rostro colorado con un billete de cinco libras, que, probablemente, vendrían a ser las ganancias de un mes del periódico, y se marchó la fierecilla domada con su retoño.

Luego que se hubo marchado, nuestro jefe se dirigió a mí en estos términos:

—No crea usted que le censuro en lo más mínimo; no es culpa de usted, es su sino. Continúe usted con los consejos morales y críticos... en esto está usted bien, evidentemente; pero no escriba más sobre conocimientos útiles. Como he dicho, no es culpa de usted; su artículo es bastante correcto... no hay nada que decir contra él; no es más que, sencillamente, no está usted afortunado en estas cosas.

Ojalá hubiera seguido su consejo siempre; me hubiera evitado, y habría evitado a otros muchos disgustos serios No veo razón ninguna para que me ocurra esto, pero así es: si instruyo a un hombre sobre la mejor ruta entre Londres y Roma, pierde su equipaje en Suiza o casi naufraga en Dover; si le aconsejo que compre una máquina de retratar, le atropella la policía alemana por sacar fotografías de alguna fortaleza. Una vez me tomé un gran trabajo para explicar a un hombre cómo se podía casar con la hermana de su difunta esposa en Estocolmo; averigué la hora a que salía el barco de Hull y los mejores hoteles en que podía quedarse; no había el menor error del principio al fin de la información que le conseguí, no tuvo el menor contratiempo en parte alguna; sin embargo, ahora me encuentra y nunca me dirige la palabra.

Jerome K. JEROME

IDEAS SOBRE LA EDUCACION

I

A vida del niño, fértil en geniales rasgos, instintivos, requiere un sistema de liberadora educación espiritual. Su amistad con las diversas cosas del mundo le sugiere una asombrosa actividad de maravillas. La imaginación trabaja buscando la realidad de los sucesos estupendos. Arriesgan el valor, la tranquilidad y el pensamiento. Ellos mismos abren el panorama de las absurdas ambiciones íntimas. He aquí el derecho natural de las almas florecientes y el hondo problema del hogar moderno. Dejarlos dueños de su ideal inocente, ajenos al peligro físico, será obra de certera eficacia para el progreso de las nobles calidades del espíritu. La vigilancia superior debe tener la prudente condescendencia del corazón ilusionado. ¿Quién no ha pensado algunas veces que la verdadera causa psíquica de les criaturas débiles, tristes y pusilánimes, no haya sido ocasionada por el excesivo rigor de las correciones domésticas?

En realidad, hay dos problemas de urgente meditación para el mejor perfeccionamiento de las facultades enaltecedoras del niño. El uno reside en la orientación moral del ambiente familiar, y el otro en el método didáctico de la acción escolar. El proceso normal de ambos principios culturales reclama una contracción de profundas observaciones psicológicas. Sobre el primero, la costumbre de aplicar el eterno procedimiento de censura es perjudicial al sentimiento de la natural espontaneidad humana. La voluntad de la criatura aspira a la victoria absoluta de su esfuerzo, y todo acto que intente someterla o limitarla ocasionará la amarga duda del arrepentimiento. Siempre que la virtud de la conducta no se desvíe de su cauce, el mejor premio a la inquietud del pequeñuelo será concederle la grata emancipación de las hazañas candorosas. Está demostrado que el hábito del enojo, el grito airado y el golpe del castigo aniquilan realmente los signos vigorosos de la personalidad infantil. En aquella edad dichosa, la travesura y el desorden es la manifestación saludable de la primera riqueza física y mental, y reglamentar esa conquista es martirizar, al nacer, la ilusión fecunda y bella de la vida.

En el diario comentario del hogar, muchos padres se quejan del carácter trabajoso de los hijos. Les disgusta cuando son demasadio inquietos, curiosos, parlanchines y revolucionan la paz de los hermanos y el orden de la casa. Incorregibles en la arbitrariedad inofensiva y la tenacidad bulliciosa, dentro naturalemente de las lógicas licencias, la severa ley del mando tutelar pierde la generosidad de la paciencia. Los años opuestos y graves no refexionan ante el alegre torbellino de la infancia. Aquella vehemencia sonora y anarquista parece interpretarse como un decarrilamiento de las buenas costumbres. Sin embargo, el juicio de morigeración es completamente erróneo, porque conspira con el legítimo despertar de las cualidades eucráticas. Voluntad, inteligencia y sensibilidad colaboran en la expresión suprema de la unidad biológica. Seguramente en el consejo de familia les gustaría que los vástagos fueran dóciles, juiciosos, sin contemplaciones espirituales, verdaderas personitas de sociedad. En cambio de la rebelión, la mansedumbre. Negativo procedimiento el armonioso derecho de la evolución perfecta y lógica de la niñez...

Gregorio Marañón, en uno de sus profundos estudios de la psicología infantil, escribe este certero razonamiento: «Las rebeldías de los niños jamás deben corregirse por la violencia, porque son explosiones transitorias, necesarias para la expansión del carácter futuro, y siempre obedientes a una persuasión hecha con inteligencia y con paciencia; virtud modesta que para tratar a los niños se eleva a la categoría de cardinal. «Dentro del caso individual, del diferente tipo de experiencia, las palabras del clínico español deben meditarse para certificar la utilidad de una gran esperanza humana. La crisis psíquica en la formación rudimentaria del niño reclama la aplicación cautelosa de una noble terapéutica moral. Ensayar el sistema liberador de los antiguos prejuicios sociales de la obediencia en las relaciones del niño y la persona adulta, puede ser el principio milagroso de un nuevo destino para la supremacía franca y bienhechora de la actual educación.

Julio ARAMBURU

II

Antiguamente, el maestro puede decirse que sólo empleaba palabras; sólo enseñaba éstas, y las hacía aprender de memoria. Parece que ignoraban que en el mundo de las cosas es donde el escolar excita su pensamiento y las costumbres que de él dependen; parece que ignoraban que es inútil la palabra si no se conoce de antemano la idea relativa, y que las ideas se tienen justamente mediante la experiencia de las cosas. Si a alguno se le nombra un objeto del que no tenga ya la idea, se hace una cosa inútil; si, por el contrario, se le muestra el objeto, y se le abandona a su experimentación, adquiere la idea exacta de él aun sin nombrárselo. Lo mismo que con un abjeto acontece con la adquisición de las ideas de «acción», de «movimiento», de «transformación», de «causa», de «efecto», de «relación» (grande, pequeño, alto, bajo, de «cualidad», de «derecha», de «izquierda», etc. Podemos decir a un niño que una cosa es mayor o más pequeña que otra, mejor o peor, bonita,

fuerte, dañosa, y nos comprende «por las pruebas hechas»; por haber oído pronunciar éstas palabras en el acto en que recibía de la cosa y del hecho la correspondiente impresión; de otra manera no me habría comprendido. En suma: las ideas (tanto las concretas como las abstractas) suponen las sensaciones de las cosas y de los hechos.

La idea de lo bello, de lo feo, de lo inútil, de lo perjudicial, de la vida, del bienestar, de las diversas especies del dolor y del placer, son ideas que únicamente se adquieren por medio de la experiencia propia y que no podrían enseñarse con sólo la palabra. Lo propio ocurre con las ideas abstractas de tiempo, de espacio, de distancia, etc.

También las ideas abstractas, como decimos, son sacadas de la experiencia, y llegan a ser tanto más abstractas cuanto más grande es el cúmulo de experiencias.

Las ideas abstractas en los muchachos son, por esta razón, burdas; y primero son los hechos mismos. Pascal, aún niño, pensando por sí, adivinó una buena parte de los teoremas de Euclides; pero en lugar de decir una «línea» decía una «barra». Esto quiere decir que solamente al cabo de muchas experiencias viene a adquirirse la idea de línea, bastante más abstracta que la de barra, y que para llegar a esto debe hacerse un trabajo de eliminación, por medio de sucesivas confrontaciones entre muchas ideas y muchos hechos, presentes en la mente para la comparación.

Es un error creer que las ideas abstractas en los niños, si alguna vez éstos las poseen, son iguales a las que se dan en los maestros. Este error se deriva del principio en que se fundaba la antigua Pedagogía, los autores de la cual creían que las ideas abstractas eran la intuición natural de los tipos eternos y divinos, que no se conocían de hecho o no se conocían enteramente. Las primeras experiencias que hace el niño producen en él el germen de la idea abstracta: este germen, esta idea informe, se modifica poco a poco por las experiencias sucesivas

En el fondo de una vasija, en el agua en que se ha disuelta cal, dejamos caer una china: sobre su superficie se deposita poco a poco cal que la hace engrosar con capas sucesivas, hasta que llega a ser una piedra de cierto tamaño. Si no hubiésemos puesto la china, no se habría formado la piedra. Del mismo modo, si en el niño no estuviese formado con anterioridad el germen de la idea abstracta, ésta no podría ni perfeccionarse ni modificarse, siendo así que acontece lo contrario.

Roberto ARDIGO

III

En toda educación hay una violencia implícita que sólo se justifica cuando se trata de suplir la voluntad futura del alumno, conviniendo, por otra parte, en que hay uniformidad de fines en todas las voluntades humanas.

Pero, ¿cuáles son esos fines? Como Münsterberg, Cohn rechaza el placer, y..., como Münsterberg, acepta más bien la idea de felicidad que es «la coincidencia interior del todo». Sin embargo, la felicidad no es un verdadero fin, sino únicamente un producto accesorio de la acción, o sea que «no constituye la finalidad de la vida, sino el sentimiento adicional de una vida intensa y acorde consigo misma».

Ante tal resultado, conviene buscar como fin educativo un valor general cuyo reconocimiento pueda exigirse. Y eso sólo ocurre con los valores morales, porque «sólo el valor moral, por principio, exige a todo hombre lo mismo». Como finalidad de la educación propone Cohn, por eso, la «moralidad», que él entiende como la concordancia entre voluntad y entendimiento. «Es moral aquella persona que quiere lo que reconoce como justo y precisamente porque lo reconoce como justo.»

El individuo moral realiza una acción porque desea lograr un objetivo valioso. Quien quiera obrar con moralidad ha de desear, en primer lugar, «la comprensión respecto a la totalidad de los valores y su conexión». En segundo lugar, «ha de desear también adquirir y conservar las cualidades necesarias para su realización». Para ello es imprescendible proceder según tres etapas: primera, despertar el sentido moral innato en el niño; segunda, formar una conducta ordenada y reglamentada como grado preliminar; tercera, desenvolver los factores que todo individuo moral ha de desear ver desarrollarse en sí mismo (intención, energía y aptitud).

Ahora bien: el educador ne puede derivar de la razón la multiplicidad de los valores, porque es una derivación en sí imposible. La compresión de la totalidad y conexión de los valores ha de construirse sobre los bienes vividos. Y es la comunicación de estos bienes vividos al alumno la transmisión de un mundo pletórico de bienes, lo importante para la educación.

Tales bienes solamente prosperan cuando son cuidados de manera continua por generaciones sucesivas enlazadas entre sí, de una comunidad que en todo caso está determinada y limitada por la historia. Así, la educación para la moralidad sólo es posible como educación en una comunidad, debiendo pensarse dicha comunidad como creadora continua de valores y productora permanente de bienes. Esto es lo que Cohn llama una « comunidad cultural».

La comunidad encuentra su realización en el individuo, y ambos se necesitan como de un complemento. La doble calidad de servidor y sostenedor de la comunidad se expresa por la palabra «miembro». Cada individuo, cada «miembro» de la comunidad tiene de ella una doble imagen: cómo es y cómo debiera ser, una imagen real y una imagen ideal. El educador, por eso, debe preguntarse si ha de educar al alumno para la comunidad existente o para la comunidad ideal. Cohn se apresura a declarar que la educación ha de hacerse en el sentido de colaboración «en» una comunidad real y de aspiración «hacia» una comunidad ideal. Pero el amor del alumno debe ser fomentado más hacia la comunidad ideal.

La experiencia nos enseña, sin embargo, que son varios los ideales de comunidad y que no es el nuestro el único válido. Conviene, por tanto, no inculcar en niños y adolescentes un ideal deter-

minado que más tarde abandonarán. Como toda realidad, la comunidad se halla en evolución, es esencialmente progresiva: contiene ya en sí los elementos de la idealidad.

De todo esto brota como concreción la primera fórmula de Cohn: «el elumno ha de ser educado para miembro de las comunidades históricas a que pertenecerá». El autor no queda del todo satisfecho por el grueso predominio de lo social en esta fórmula, y se tranquiliza a sí mismo proponiendo una segunda que garantice los derechos de la individualidad: «el objetivo de la educación es la personalidad autónoma, saturada por la participación en la vida cultural histórica».

Hay, pues, dice Cohn, un movimiento dialéctico entre el yo y la ley, entre la autonomía y la comunidad. La educación, en todos los tiempos, como en la actualidad, se desplaza alternativamente de uno a otro extremo. Ella debe incorporar el alumno a la comunidad, pero resguardando el alumno su independencia.

Juan José AREVALO

IV

Las materias de estudio, tales como son enseñadas en la escuela, tienen diversos orígenes: o bien están prescritas por la autoridad oficial, o bien están establecidas por el propio educador. Pero ni la autoridad oficial ni el educador las crean Examinadas de cerca aparecen todas extraídas de la experiencia, de la herencia social. Si abandonamos por un momento el terreno de la educación formal para abordar el terreno de la educación no formal, reconoceremos más claramente el origen social de las materias de estudio. En las sociedades inferiores en que no existen escuelas, lo que el adolescente aprende del adulto, lo cual corresponde a las materias formales de estudio, es lo que el adulto dice y hace delante del adolescente, es la experiencia de la vida en comunidad. Las cosas sociales, los ideales, las tradiciones, las técnicas, que son directamente comunicados, representan las significaciones de la experiencia social. Lo que no puede ser comunicado en la vida cotidiana en común, se halla constituído por las ceremonias, principalmente por las de iniciación. En la vida ordinaria como en las ceremonias, el adolescente aprende el saber, la emoción, el ideal, la técnica: en una palabra: la experiencia social. Cuando el grupo social se vuelve más complejo y la experiencia más complicada, la comunicación por la participación ya no es posible en todo. La experiencia social, para ser debidamente transmitida a los jóvenes, debe ser seleccionada, sistematizada y simplificada. De ahí provienen las materias de estudio en los dominios de la educación formal. Una vez tomada esta dirección de selección, de formulación, de organización, no tiene ya límite. «Finalmente, los lazos que unen las materias de estudios escolares y los hábitos y los ideales del grupo social, son disfrazados y transformados. Los lazos quedan talmente aflojados que parece que no los hay, que se cree que las materias existen simplemente como conocimiento por su mero interés y que el estudio es sólo el acto por aprender, sin miras a ningún valor social» (Dewey. «Democracia y Educación»). Esta ignorancia de la existencia de lazos primitivos y vitales entre las materias de estudio y la experiencia social, da lugar a más de una idea falsa en lo que concierne a estas materias. Unos las conciben como una cosa sagrada; otros, como una imposición arbitraria del adulto. Dewey, por la asimilación de la educación formal al proceso vital de la transmisión social, procura demostrar la conexión originaria de las materias de estudio con la experiencia social. Pero esta asimilación no disminuye en nada el hecho de que, por obra de la selección, de la sistematización, de la organización, las materias de estudio difieran notablemente de la experiencia original en la cual el alumno participa naturalmente, y que entre las actividades, los intereses, las preferencias, en una palabra, la experiencia del niño y las materias de estudio bien organizadas, hay un espacio considerable. «Se podrían enumerar indefinidamente las diferencias y las divergencias aparentes que existen entre el niño y el programa escolar. Atengámonos a las que hemos señalado: primero, el mundo restringido, pero personal, en el cual el niño se mueve, y el mundo impersonal, vasto como el tiempo y el espacio, donde la escuela le introduce; después, la unidad enteramente afectiva de la vida del niño y las especializaciones y divisiones del programa de estudios; por último, en oposición a la vida práctica, emocional, del niño, un principio abstracto y lógico de ordenamiento y clasificación» (Dewey, «La Escuela y el Niño»).

De estas diferencias nacen dos escuelas pedagógicas contrarias. Una de ellas lleva su atención sobre la importancia de las materias de estudio y olvida la cualidad dinámica, la fuerza evolutiva inherente a la experiencia del niño; quiere que las materias de estudio sean organizadas en una forma impersonal, puramente intelectual y lógica, y presentadas como tales al niño.

Para facilitar esta presentación, propone subdividir cada asunto en ramas de estudios cada rama en lecciones, cada lección en hechos específicos y en fórmulas. «Hagamos recorrer al niño paso a paso cada una de nuestras provincias científicas — se dice —, y bien pronto habrá recorrido todo el campo del conocimiento». Esta escuela representa la posición de toda la pedagogía tradicional.

Opuesta a esta escuela tradicional es la escuela «nueva», que hace cuestión principal de los intereses, de las actividades, de la experiencia actual del niño, y que no quiere admitir ningún programa de estudio decretado anticipadamente y diferente por naturaleza de la vida impersonal, emocional y espontánea del niño. Todo lo que está fuera de la vida del niño es considerado como impuesto, como violatorio de la libertad, la iniciativa y el impulso espontáneo del niño. En una escuela ideal, no habría programas de estudios, ni manuales, ni libros. El niño aprendería lo que quisiera, que es bastante.

OU TSUIN-CHEN

V

El arte de la educación, como todos los demás artes, es de invención prehumana. En todas las conquistas del espíritu, el hombre ha sido precedido por los animales, y siempre ha seguido mal camino cuando se ha apartado del ejemplo que había recibido. La educación, tal como es comprendida por nuestros «hermanos inferiores», ha conservado su carácter normal, eficaz, mientras que en los hombres ha degenerado frecuentemente a pura rutina y a veces incluso obra en sentido inverso a su fin: no es raro que llegue a ser un verdadero embrutecimiento. El pájaro, muy lindamente, enseña a sus pajarillos el arte de evitar a su enemigo y de buscar su alimento, después le hace cantar, le recita lo que podríamos llamar los aires nacionales», le enseña a sostenerse en el vacío aparente, le hace realizar su vuelo a distancias cada vez mayores del nido; luego, cuando nada más puede enseñar a su progenitura y la igualdad es completa en fuerza, en destreza, en inteligencia, se retira, abdica su función de educador. El animal unido al hombre, tales el perro y el gato, dirige a sus pequeños adiestrándoles en saltos locos y en juegos de fuerza y de destreza en los momentos en que los jóvenes tienen a su disposición un excedente de energía que gastar.

Pero este excedente de energía es siempre empleado de la manera más seria, aunque con alegría y todas las demostraciones del regocijo, porque los juegos tienen por fin, consciente en los padres, todavía inconsciente en los pequeños, hacerles flexibles para todas las obras y para la conducta en la vida que pronto va a comenzar, trayendo consigo todas las probabilidades de acontecimientos trágicos. Según la clasificación de Groos, los juegos consisten en la experimentación de los objetos, la observación de los movimientos que diferencian las especies diversas, la caza de la presa viva, muerta o imaginaria, la lucha, la construcción de las cabañas, la investigación de las causas, la imitación de las actitudes y de las acciones de los adultos, que, en cuanto a la especie humana, se refleja sobre todo en los cuidados dados a la muñeca, símbolo del hijo futuro: lecciones que son para los pequeños un ensayo de la vida antes de la vida.

Entre los primitivos, la educación no es otra cosa. Los hijos permanecen cerca de los padres, de los cuales imitan el razonamiento, el paso y las acciones. Se hacen hombres sobre el modelo del padre, mujeres sobre el de la madre, pero siempre en plena naturaleza, en el círculo mismo del trabajo, que tendrán que proseguir cuando los ancianos desaparezcan. Todo progreso depende de su genio propio, de su talento de adaptación más justa al ambiente de que han de servirse para la conquista del bienestar. La escuela es en ellos lo que fué en los helenos libres, la hora del asueto y del reposo para los padres el descanso de la labor diaria; y, por extensión, el periodo de las conversaciones que restauran, de la amistad que conforta, del paseo en que se cambian las ideas. Pero en esa época de la civilización las exigencias del trabajo eran ya de tal naturaleza que rompían la unidad primitiva de las familias y obligaban a colocar a los niños bajo la dirección de educadores especiales. La escuela había nacido. Por lo menos el contraste que ofrecía el trato de los escolares en los diferentes países nos muestra cuáles naciones se encontraban en un periódo de progreso y cuáles en una vía de retroceso. Las esculturas, los cantos representan a los niños griegos jugando danzando, coronándose de flores, levantando gravemente la cabeza hacia las mujeres y los viejos, mientras que los documentos egipcios muestran con insistencia el bastón que el maestro hace retumbar sobre la espalda del discípulo. Del mismo modo la vara era tenida en mucho honor por el educador hebreo, y de él es de quién, por intermedio de los libros «santos», nos viene este refrán tan funesto para tantas generaciones de niños: «Quien bien ama bien castiga».

Durante el periódo actual, tan notable por la amplitud del teatro en que se debaten los problemas vitales de la humanidad, todos los métodos de educación son igualmente empleados. La mayor parte han admitido como principio que el maestro sustituye a los padres, y especialmente al padre, que le delega todos sus poderes como director, maestro y propietario de su hijo. Pero el padre no es sólo en poseer a su hijo: la sociedad, representada según la lucha de los partidos, ya por la Iglesia, ya por el Estado laico, considera también al alumno como perteneciéndole y ordena que sea enseñado con arreglo al uso al cual se le destina durante el curso de su vida ulterior. Finalmente, comienza a abrirse paso la idea de que los niños, apoyada por lo demás por la reclamación espontánea de ellos mismos, son seres iguales en derechos a las personas mayores y de que su educación debe corresponder no a la voluntad del padre, ni a las exigencias de la Iglesia o del Estado, sino a las necesidades y a las conveniencias de su desenvolvimiento personal Débiles, pequeños, los niños son tanto más sagrados para los mayores que les aman y les protegen. Las escuelas, muy rares aún, donde ese principio de la pedagogía es estrictamente practicado, son lugares de alegre y fructuoso estudio, gracias a esa «extrema reverencia» a la cual el niño tiene derecho de parte de sus profesores. ¡Ay! Pensando en lo que eran las escuelas en que fueron torturados la mayor parte de los hombres de nuestra generación, ¿cuál es, entre nosotros, el que no repetiría las palabras de San Agustín: «Antes la muerte que volver a la escuela de nuestra infancia!»

Eliseo RECLUS

EL MOVIMIENTO MAKHNOVISTA EN LA REVOLUCION DE UKRANIA

II

UKRANIA Y EL MOVIMIENTO INSURRECCIONAL

NTES de la Revolución no contaba Ukrania con un proletariado numeroso, ya que ni siquiera existía un industrialismo desarrollado Carecía, sobre todo, de un proletariado dotado de esa cultura revolucionaria que sólo se adquiere a través de la dura lucha cuotidiana que se despliega en las grandes fábricas, a la vez que se fatigan los músculos en esfuerzos sobrehumanos forjando la materia inerte para transformarla en instrumentos útiles o inútiles. Existía, en cambio, como en el resto de Rusia, una clase campesina profundamente aferrada a su propia tierra, con ese amor especial, innato en el campesino, por la tierra por él mismo fecundada; por la tierra que, si bien exige inmensos sacrificios y sudores, es también fuente ubérrima de todos los bienes. No podía hablarse de industria en el sentido propio que esta expresión encarna, aunque hubiera alguna que otra fábrica o algún que otro centro fabril reducido, por la razón de que la principal mano de obra la constituía el propio campesino, que acudía a ellos sin dejar de lado su mentalidad y sus costumbres propias en las estaciones o períodos del año en que la tierra no requería sostenido esfuerzo ni atención asidua. Campesinos eran y como tales permanecían, sujetos a la tierra y a sus tradiciones propias.

En ese ambiente y en estas condiciones se produjo la revolución en Ukrania y en toda Rusia: ausentes en absoluto las condiciones especiales que los marxistas de todas las tendencias consideran como «indispensables» para el éxito de la revolución. Y hemos podido observar que, en crudo contraste con todas las opiniones marxistas, justamente en aquellas regiones en que las «condiciones especiales» brillaban por su ausencia era donde con más ahinco trataba de aplicar por completo el programa propio y donde la revolución tendía a desarrollarse con mayor impulso

En Ukrania la lucha por la independencia es tan vieja como Ukrania misma: siempre se ha luchado allí en pro de una autonomía propia, e incluso con más razón y fuerza cuando se hallaba sometida al poder despótico de los zares.

Fué siempre Ukrania cuna de revoltosos, tierra en que las revueltas casi permanentes significaban para el poder constituído fuente constante de inseguridad, de preocupaciones y de disturbios. Pero fué también—en consecuencia con este espíritu latente—la región en que las mínimas libertades que permitían las leyes zaristas eran aplicadas inmediatamente.

Era inevitable que, con la revolución, esos deseos indómitos y esos instintos de revuelta aumentaran irresistiblemente, proporcionando al pueblo una razón más amplia para intensificar su lucha por la libertad, sirviéndole su propia historia como alentadora fuerza de propulsión en el desarrollo y proceso de todos los acontecimientos revolucionarios

Y así sucedió efectivamente.

Ukrania fué. sin duda, la tierra más fustigada, tanto por la guerra como por la aridez de la burguesía. Tan sólo una fuerte voluntad revolucionaria, como la que existió siempre en el corazón de las gentes de aquellas regiones, podía proporcionar la fuerza y el entusiasmo suficientes para superar las enormes dificultades que se sucedían y continuar la lucha contra todas las tiranías y contra todas las invasiones que en poco tiempo se abatieron sobre aquel pueblo.

Las invasiones alemanas y la lucha contra los generales rusos que operaban bajo las órdenes de la Entente había llevado la resistencia al extremo del agotamiento. Las tierras se hallaban devastadas y los grupos defensivos semidestruídos. Pero con todo los generales invasores fueron vencidos (1).

Es justamente entonces cuando tiene lugar el famoso pacto que se llamó la paz de Brestlitowsk.

«El precio de esta paz—escribía por entonces Emma Goldman, la famosa escritora y agitadora anarquesta (2)—selló la traición para con Letonia, Finlandia, Ukrania y Bielorusia. Los campesinos de Ukrania y de Bielorusia supieron rechazar al invasor alemán, pero jamás podrán olvidar ni perdonar la traición de los bolcheviques. Lo prueba la permanencia en Ukrania de un millón de soldados mantenidos en pie exclusivamente para «reprimir el bandolerismo».

---

(1) Eran estos los generales Denikin, Wrangel, Skoropadsky, Petliura, etc., etc.

(2) «Los Bolcheviques y la Revolución Rusa», Serie de 6 o 7 artículos publicados en inglés y alemán. En italiano aparecieron en el diario *Umanita Nova*, dirigida entonces por Malatesta (Roma, junio 1922). Estos artículos fueron luego recogidos en un folleto por iniciativa del diario *Der Syndikalist*, de Berlín, en 1922.

«La ratificación del tratado de Brest-Litowsk—que Trotzski se negó a suscribir y que el propio Radek (preso por entonces en Alemania) definía como la bancarrota de la revolución, en tanto que Joffre la firmaba a «ojos cerrados»—fué la señal de la larga resistencia, abierta o clandestina, de los campesinos de Ukrania contra el Estado bolchevique».

Volin, en el momento en que los bolcheviques se disponían a firmar el famoso tratado, escribió un artículo titulado «Del espíritu revolucionario», que apareció en «Golos Truda», diario sindicalista de Moscú (N° 27, 24 de febrero del 1918), en el que decía: «Todo el porvenir de la revolución rusa y su influencia sobre los acontecimientos del mundo dependen de este día, de este minuto».

Es hoy sabido de todos que justamente entonces, ante la invasión de Ukrania por parte de las tropas alemanas, es cuando nace el movimiento insurreccional makhnovista. Y precisamente en 1918 es cuando la reacción, sostenida por los grandes propietarios y terratenientes, se manifiesta con más descaro y virulencia, respaldándose en las fuerzas de ocupación. Fué entonces cuando los grupos de campesinos insurrectos se lanzaron en masa, con renovado y vigoroso impulso, a la defensa de las conquistas de la revolución, logrando en reducido espacio de tiempo unificar sus fuerzas y acrecentar su actividad para enfrentarse con un enemigo cien veces superior en armas y en efectivos.

Pero el origen profundo del impulso que lleva a las masas campesinas a organizarse para su propia defensa, tiene sus principios en los albores de la Revolución Rusa, en 1917, antes de que los bolcheviques asumieran el poder (3). La lucha de los campesinos ukranianos contra el gobierno central de Moscú se inició cuando el gobierno de Kerensky promulgó la famosa ley que concedía la tierra a los campesinos, pero a condición de que éstos se comprometieran a pagarla en un determinado intervalo de tiempo.

Esta ley, en lugar de aplacar los espíritus, los excitó más aún, provocando un vivo descontento, sobre todo en Ukrania, donde es de comprender, ya que, como hemos dicho, la gran mayoría de la población era campesina. En esos duros trances, la obra y la acción de los anarquistas fué de apoyo completo a la gesta rebelde de los campesinos, impulsando a éstos a tomar posesión directa e inmediata de las tierras sin preocuparse de las «compensaciones» que reclamaba la nueva ley.

Esta situación de efervescencia se mantuvo durante muchos meses, hasta que sobrevino la invasión alemana. Con la ocupación, Ukrania se convirtió en un verdadero foco de rebelión.

El 30 de julio de 1918 el terrorista Boris Donskoi, socialista revolucionario de izquierdas, realizó un atentado en Kiev contra el comandante alemán Eichorn (4).

Durante un mes entero, desde mediados de julio a mediados de agosto, los ferroviarios desencadenaron una huelga apoyada con actos de sabotaje contra los invasores llegando a crear una situación tan extremadamente crítica que los ocupantes se vieron obligados a recurrir a ferroviarios alemanes a fin de que el ferrocarril lograra, bien que mal, funcionar a su servicio.

Por otra parte, la ocupación restableció los antiguos privilegios, dió base a nuevos abusos y alentó una reacción despiadada (5). De tal forma que la insolencia de los invasores, unida a la bestialidad de los grandes terratenientes exasperó más profundamente al pueblo, con el resultado de que, día tras día, los campesinos se apresuraban a engrosar las filas de los grupos anarquistas y se alzaban con ellos a la lucha armada, a la acción de guerrillas y al terrorismo contra los potentados agrarios y los oficiales de las fuerzas de ocupación.

—*—

En el segundo semestre de 1918 el número de insurrectos se aproximaba a los dos mil y se hallaban en condiciones de sostener con eficacia los ataques de regimientos enteros. Lo que suscitaba más las simpatías de los campesinos, además del principio establecido con la expropiación de las tierras era el coraje y la valentía de los insurrectos y, en repetidos casos, la bravura del «batko» Makhno, cuyo nombre comenzaba a hacerse legendario en toda Ukrania. Pero, por encima de otros hechos, fué la victoria de Dibriviki la que les dió más popularidad, y a partir de entonces fué cuando el movimiento de los sublevados ukranianos tomó el nombre de «Movimiento makhnovista».

Este episodio merece ser recordado porque, además de ser de lo más sugestivo, fué también uno de los más característicos del momento.

El 30 de septiembre de 1918, un grupo de unos 30 rebeldes, dotado de una sola ametralladora y de escasas armas ligeras se encontraba en el bosque

(3) «A partir de los años 1900 y 1905, la propaganda entre los obreros y los campesinos fué realizada por los partidarios de las dos doctrinas principales: el socialismo estatal y el anarquismo.» («L'Histoire du Mouvement Makhnoviste», Archinoff, pág. 59). — «A pesar de todo, en los momentos cruciales de la revolución de 1917, el interés y el instinto de clase tomaron la delantera e impulsaron a los obreros y a los campesinos hacia sus finalidades directas: La conquista de la tierra, de las fábricas y de las minas.» (Del mismo libro de Archinoff, pág. 61.) — «Y ese día mismo, el 29 de marzo de 1917, fué fundada la Unión de Campesinos de Goulai-Polé.» («La Révolution Russe en Ukraine», de Nestor Makhno. Edición «La Brochure Mensuelle», pág. 33.)

(4) «Cuando Eichorn salió del Círculo de Oficiales, le seguí y le lancé la bomba a ocho pasos de distancia. Yo no quería ni huir ni suicidarme. Cuando vi que la bomba explotaba, me hice a un lado y me entregué a los soldados alemanes. *Quería ser hecho prisionero; quería hacer saber a todos por qué había ejecutado a Eichorn con toda premeditación.*» «Souvenirs d'une révolutionnaire», Irene Kachowskaja, pág. 96. (224 págs., ed. F. Rieder, Paris, 1926.)

(5) «Nadie sabía aún si sería Petliura o Denikin el que al día siguiente entraría en la ciudad. A la madrugada (Kiew, 20 de agosto 1919) el cañoneo se apaciguó, y a los primeros rayos de sol las tropas de Petliura entraron en la ciudad silenciosa.» — «Su dominación en Kiew (Petliura) había apenas durado 20 horas y se había manifestado solamente por el asesinato de un centenar de judíos.» (págs. 115 y 119, «Souvenirs d'une révolutionnaire».). — «En Kiew cesan los progroms (ocupación de Denikin) pero se prosiguen sobre la línea ferroviaria y en barricadas lejanas; entre los más espantosos se cuentan los de Fastow, localidad que sufrió ocho o nueve, uno detrás de otro. Los habitantes fueron apaleados, fusilados, ahorcados, quemados vivos, y apilados sobre una hoguera alimentada con muebles destrozados.» (pág. 157, libro citado.)

de Dibriviki rodeado por un número aplastante de soldados austro-alemanes que hacía cierto tiempo se dedicaba a su persecución. Todas las salidas se hallaban bloqueadas y para los sitiados no quedaba otra disyuntiva que la de dejarse exterminar en dura resistencia o abandonar las armas al enemigo, y huir furtiva y aisladamente. Considerando esta solución como indigna de verdaderos revolucionarios, prefirieron afrontar al enemigo. Desechando los prudentes consejos de los campesinos, que por sus simpatías acudían a informarles de la situación, decidieron que cinco o seis hombres iniciaran un ataque de frente a la vez que el grueso del grupo se lanzaba contra los flancos con mayor vigor.

Y así se desarrolló este pequeño, pero sintomático episodio. Lanzando gritos terribles y haciendo un fuego nutrido con sus escasas armas, para hacer creer que eran más numerosos, se arrojaron con verdadera furia contra el enemigo, que no esperaba semejante ataque. Los soldados—infinitamente más numerosos y mejor armados—adormilados y cogidos al desprovisto, sorprendidos ante tanta furia y viéndose atacados simultáneamente por varios puntos diferentes, ignorando las fuerzas efectivas de los asaltantes, fueron incapaces de resistir y se dieron a una fuga precipitada. Los ecos de este gesto, al circular por toda Ukrania, reavivaron el entusiasmo del pueblo, que a partir de entonces no escatimó sus simpatías y su apoyo a los insurrectos.

A partir de este hecho es cuando el movimiento makhnovista va asumiendo más fuerza e importancia, hasta el punto de que el propio ejército bolchevique lo toma en seria consideración. Pero el verdadero apogeo lo adquirió en la lucha contra la reacción, cuando completamente solos, o apoyados en apariencia, sobre el papel y no en los hechos, los rebeldes ukranianos combatían contra los ejércitos «blancos» que intentaban restituir el zarismo y servían los intereses reaccionarios del exterior.

Makhno y sus grupos contribuyeron grandemente a la derrota de estos aventureros de la reacción, y fué sobre todo en la lucha contra Denikin cuando se demostró su potencia, su energía y su abnegación por la causa revolucionaria, hasta el punto de que en ocasiones diversas y sobre todo en los momentos de mayor necesidad los bolcheviques concertaron con ellos varias alianzas en el terreno de la acción. Pero, como todas las guerras, también ésta se caracterizó por sus altibajos continuos de repliegues o de rápidos ataques y avanzadas. Y los bolcheviques, a tenor de las victorias o de los fracasos, siguiendo las alternativas de la variable fortuna, calificaban a los guerrilleros de «enemigos de la revolución» o los acariciaban como a inapreciables amigos (6).

(6) «Las autoridades soviéticas no desdeñaban ningún procedimiento para destruir la popularidad de los makhnovistas. Los periódicos difundieron por toda Ukrania la falsa noticia de una alianza concluida entre Makhno y Wrangel. En el verano del 1920, el representante plenipotenciario Yakoleff no vaciló en declarar en la sesión plenaria del Soviet de Ekaterinoslaw que el Gobierno poseía pruebas por escrito de esta alianza.» (Archinoff, libro citado, pág. 276.) El mismo Yakoleff firmó, un par de meses más tarde, el pacto de alianza con Makhno.

—*—

En el transcurso de junio y julio de 1919, Denikin logró hundir el frente defendido por el Ejército Rojo, forzando a una desastrosa retirada a las tropas bolcheviques y amenazando por momentos no tan sólo la revolución en Ukrania, sino incluso la de Rusia entera, ya que, al parecer, nada ni nadie sería capaz de oponerse al rápido avance de las tropas blancas (7).

Denikin se había convertido en el símbolo y bandera de los contrarrevolucionarios. Y contra Denikin se acentuó la lucha de los guerrilleros makhnovistas los cuales, en el fragor del combate y ante los objetivos inmediatos e inaplazables, no olvidaban los problemas generales ni la finalidad, más profunda y compleja, de la revolución social. Decían por entonces en un manifiesto dirigido a los obreros y campesinos:

«1.° ¿QUIENES SON Y POR QUÉ LUCHAN LOS MAKHNOVISTAS?

Los makhnovistas son los campesinos y los obreros de Ukrania que ya en 1918 se rebelaron contra la violencia del poder burgués, de los alemanes, de los húngaros y de los hatamanes (8).

Los makhnovistas son los trabajadores que enarbolaron la bandera del combate contra Denikin y contra toda forma de opresión, de violencia y de engaño de no importa qué procedencia.

Makhnovistas son asimismo los trabajadores que, con el esfuerzo de toda su vida, han enriquecido y engordado a la burguesía en general y actualmente a la soviética en particular.

2.° ¿POR QUE NOS LLAMAMOS MAKHNOVISTAS?

Porque en los más duros y graves días de la reacción en Ukrania hemos visto entre nosotros al infatigable orientador y amigo Makhno, cuya voz de protesta ha resonado en toda la extensión de Ukrania manifestándose contra todo acto de violencia ejercido contra los trabajadores, llamando a todos a la lucha contra los opresores, los ladrones, los usurpadores y los políticos charlatanes que engañan al pueblo. Porque le vemos aún entre nosotros impertérrito, en la lucha por el objetivo final: la liberación y la emancipación de los trabajadores de toda forma de opresión

(7) «Youdenitch ha tomado Gatchina... Denikin, aprovisionado por la Entente, aplasta con sus botas el suelo de la Gran Rusia. Acaba de dejar atrás Orel, vieja ciudad rusa a la que ningún enemigo había llegado aún. Desde ahora, hasta Tula y Moscú ningún *obstáculo natural* permitirá una seria resistencia. Esta ofensiva victoriosa de la contrarevolución nos ha arrebatado en menos de dos meses Crimea y Ukrania. ¿Qué fuerzas podrán detenerla? Trotsky se ha equivocado por primera vez.» Victor Serge. «La ville en danger. — Petrograd l'an II de la Révolution». (64 págs., Librairie du Travail. Paris, 1924). Ver también «Ma vie», autobiografía de L. Trotsky, en las páginas 168 y 169 (ediciones Rieder. Paris, 1934).

(8) En los siglos pasados «hataman» era el título del jefe elegido por Ukrania independientemente de la imposición del zar.

3.° ¿COMO SE OBTENDRA LA LIBERTAD?

Derrocando el gobierno monárquico, el de coalición republicana o socialdemocrática, el comunista y bolchevique. Reemplazando al gobierno por la elección de organizaciones libres, como los Consejos de Obreros—que no son gobierno—, cuyas leyes escritas no serán arbitrarias, porque el sistema soviético (de consejos) no es autoritario (muy al contrario del de los social-demócratas y del de los comunistas bolcheviques que se define a sí mismo como autoridad soviética), sino que es la más alta expresión del socialismo antiautoritario y antiestatal, el cual se manifiesta a través de una organización libre de la vida social de los trabajadores, independiente de toda autoridad, en la que todo trabajador, aislado o asociado, podrá crear su propia felicidad y su propio bienestar integral, de acuerdo con el principio de solidaridad, de amistad y de igualdad.

4.° ¿COMO INTERPRETAN LOS MAKHNOVISTAS EL REGIMEN SOVIETICO?

Los trabajadores por sí mismos deberán escoger sus propios Consejos (soviets), los que por su parte ejecutarán la voluntad y los acuerdos de los propios trabajadores, es desir: «Consejos ejecutivos y exentos de autoridad».

Las tierras, las fábricas, los talleres, las minas, los ferrocarriles, etc., etc., en suma, las riquezas del país deben pertenecer a los trabajadores, es decir, «deben ser socializadas».

5.° ¿CUAL ES EL CAMINO PARA LLEGAR AL OBJETIVO QUE SE HAN PROPUESTO LOS MAKHNOVISTAS?

Lucha revolucionaria consecuente e implacable contra todo engaño, arbitrariedad o violencia, vengan éstos de donde vinieren; lucha a muerte por la expresión de la palabra, por los hechos justos, con las armas en la mano.

Sólo suprimiendo todo gobernante, todo representante de la autoridad, y destruyendo de raíz toda añagaza política, todo engaño económico y estatal; sólo a través de la destrucción del Estado mediante la Revolución Social, se puede crear un verdadero sistema de Consejos de obreros y de campesinos para continuar la marcha hacia el SOCIALISMO (9).»

—*—

Precisamente porque los makhnovistas no circunscribían su lucha al hecho local y circunstancial, sino que se proponían liberar el trabajo de toda clase de explotadores y no sustituir un patrón por otro, las masas campesinas y obreras los secundaban en su obra por la libertad y por la emancipación.

(9) Este Manifiesto-programa, redactado por la Sección Cultural y educativa del Ejército insurreccional makhnovista, fué publicado el 27 de abril del 1920.

—*—

La victoria de Denikin no descorazonó a los guerrilleros. Muy al contrario, les incitó a una lucha más decisiva. Encontrándose en penosa escasez de armas, Makhno preparó un pequeño grupo de voluntarios y se lanzó a la caza de las tropas rojas en fuga. Se hallaban éstas bien equipadas, las desarmó y logró apropiarse de medios suficientes para armar a los campesinos con vistas a una nueva insurrección, preparada en las regiones ocupadas por Denikin, con lo que obligó al arrogante general blanco a huir ante la hoguera que muy pronto se corrió por toda Ukrania, ganando rápidamente terreno, avanzando incontenablemente de pueblo en pueblo. La derrota del general fué completa; no le quedó otro recurso que la fuga desordenada, abandonando armas y bagajes en manos de los campesinos y de los guerrilleros rebeldes (10).

Fué un verdadero desastre para la reacción, logrado mediante el esfuerzo de la auténtica base popular. Pero los makhnovistas preveían nuevos peligros—poseían de ello dolorosa experiencia—, por lo que decidieron lanzar el siguiente manifiesto:

«A TODOS LOS TRABAJADORES DEL ARADO Y DEL MARTILLO

¡Hermanos!

Un nuevo peligro mortal amenaza a todos los trabajadores. Todas las fuerzas negras de los siervos del sangriento Nicolás, aliadas a los terratenientes polacos, a los instructores franceses y a los traidores conducidos por Petliura, marchan sobre Ukrania con la intención de restablecer un gobierno autoritario e imponernos la política de los latifundistas, de los capitalistas y de los «administradores» de los bienes y haciendas, de los comisarios y de los demás verdugos de los campesinos y de los obreros

¡Compañeros!

Los comisarios y los administradores burocráticos del régimen comunista-bolchevique son soldados bravos, valientes... Pero lo son solamente contra los menesterosos y contra los oprimidos. Sus destacamentos de castigo y su Cheka han aprendido demasiado bien a asesinar a los campesinos y a los obreros, a incendiar pueblos y regiones; pero en presencia de los enemigos de la revolución, ante las bandas de Denikin y de los otros reaccionarios, huyen vilmente como míseros cobardes.

Vosotros, compañeros, no habéis podido olvidar que el año pasado los «galone dorado» se hallaron a punto de entrar en Moscú. De no haber mediado la acción de los insurrectos, haría ya largo tiempo que la bandera tricolor de la autocracia flotaría triunfante sobre la Rusia revolucionaria.

(10) «En 1919 los acontecimientos se precipitaron con una rapidez desconcertante: apenas se establecía un gobierno en terreno ukraniano cuando debía dejar la plaza a otro distinto. Bien pronto Denikin fué obligado a retirarse gracias a las heroicas sublevaciones de los campesinos.» (Prólogo de Joe Newman al libro ya citado: «Souvenirs d'une révolutionnaire», págs. 10 y 11.)

¡Y aún hoy, compañeros! El Ejército Rojo, vendido a cada instante por sus generales y por sus comisarios cobardes, dominado por el pánico más absurdo, abandona el frente y cede a los propietarios polacos pueblo sobre pueblo. Hace ya tiempo que los polacos han ocupado Gitomir, Kiew, Gimerina. El frente del Ejército Blanco se aproxima a Poltava y a Kerson. En Crimea, los secuaces de Denikin, que en estos cuatro últimos meses se han fortificado, esperan el momento propicio para ocupar de nuevo nuestras tierras

¡Hermanos!

¿Esperaréis con los brazos cruzados la llegada de los blancos? ¿Y entregaréis vosotros mismos a vuestras mujeres y a vuestros hijos a las torturas de los amos y de los generales?

¡No! Esto no ocurrirá jamás.

¡Todos a los armas! Ingresad en las filas de los insurrectos.

Junto a nosotros, los insurrectos de Makhno, rebelaos contra todos los opresores. Cread grupos de acción y entrad en contacto con nosotros. Todos unidos expulsaremos a los comisarios y a la Cheka. Y con los compañeros del Ejército Rojo crearemos un frente de hierro para la lucha contra Denikin, Petliura y los terratenientes polacos.

¡Compañeros! El tiempo no atiende a razones, no espera: ¡Constituid inmediatamente vuestros grupos! ¡A la obra!

¡Ruina y muerte a todos los amos y a todos los opresores!

Iniciemos la batalla última y definitiva por la implantación de un sistema soviético verdaderamente libre, en el que no habrá ni amos ni esclavos.

¡Hermanos, a las armas!

Sección Cultural de los insurrectos revolucionarios de Ukrania. (Makhnovistas).

Mayo de 1920.»

—*—

Poco tiempo despues, los restos de las tropas del general Denikin que habían logrado sustraerse a las iras populares ocultándose en un extremo de Crimea, volvían bajo el mando del general Wrangel (que era ya general a las órdenes de Denikin), bien reorganizados, reforzados con tropas frescas y dotados de medios y condiciones para reanudar la campaña que fuera una derrota para sus predecesores. Una vez más la pobre Ukrania fué invadida, destrozada y martirizada por estos aventureros insaciables. Fué ésta la más grave tentativa reaccionaria que se abatió sobre la Revolución Rusa El peligro fué tan grande que indujo al Gobierno Central de Moscú—enemigo ya declarado de Makhno y de los makhnovistas—a establecer un nuevo pacto de alianza con los insurrectos ukranianos. En esta ocasión difícil Makhno volvió a ser considerado por los bolcheviques como el «glorioso general».

El nuevo pacto fué, indudablemente, el más importante y significativo de todos los realizados hasta entonces, ya que en anteriores ocasiones, por ejemplo, en diciembre del 1918, cuando la lucha contra Petliura los acuerdos fueron reducidos a un carácter local y semioficial. Dice Victor Serge, en el libro ya citado: «Los anarquistas y los anarquizantes, cada vez más fuertes, a cargo del enérgico mando de Makhno, secundaban el poder soviético a pesar de sus muchas vacilaciones».

Este pacto, concluído del 10 al 15 de diciembre de 1920, como resultado de tres meses de laboriosas discusiones (de septiembre a diciembre), fué firmado, en sus aspectos militares, por el Comandante del Frente Sud, general Frounze y por Bela Kun, miembro del Consejo Revolucionario del Frente Sud—los dos representantes del poder bolchevique—, y por Kouvilenko y Popoff por parte del ejército insurreccional makhnovista. El pacto político lo firma Yakoleff, en nombre de Moscú, y los mismos Kouvilenko y Popoff de parte de los makhnovistas.

En los puntos esenciales del Pacto Político se decía:

1.—Liberación inmediata de todos los mahknovistas y anarquistas detenidos o confinados en el territorio de la República Soviética; cesación de toda persecución contra los makhnovistas y contra los anarquistas. Sólo serán excluidos de esta cláusula quienes mantengan la lucha armada contra el gobierno soviético.

2.—Libertad absoluta a todos los makhnovistas y anarquistas para expresar sus ideas y propagar sus principios, ya sea en forma oral o escrita; exclusión hecha de toda incitación al derrocamiento—por la violencia—del poder soviético y a condición de respetar las disposiciones de la censura militar, etc.

Para finalizar y no repetir todas las cláusulas (11), mencionaremos una especial que indica a la perfección cómo, ya entonces, tenían lugar las elecciones, puesto que se siente la necesidad de fijarla en el tercer inciso del pacto político: «Libre participación en las elecciones de los soviets. Se reconoce a los anarquistas y makhnovistas el derecho de ser elegidos.—Libre participación a la organización del próximo quinto Congreso Pan-Ukraniano de los Soviets que deberá tener lugar en el mes de diciembre del año en curso».

Como contrapartida a estas «concesiones» se decía en el pacto de carácter militar: «El Ejército insurreccional makhnovista formará parte de las fuerzas armadas de la república en calidad de cuerpo de voluntarios, subordinado, en cuanto a las operaciones, a la Jefatura Superior del Ejército Rojo».

Pero constaba también en él un punto importantísimo, que contenía en sí toda la esencia y razón de ser de los grupos insurrectos. Es el que se refiere a la autodeterminación política y económica, es decir, a la posibilidad de construir una sociedad comunista-libertaria. Los makhnovistas exigieron que este principio y este derecho fueran

(11) El pacto completo puede hallarse en el libro ya citado de Archinoff, páginas 283, 284, 285 y 286. En principio el pacto político consta de tres cláusulas, a las que se agrega otra en apartado especial. El pacto militar consta de cuatro cláusulas y dos apartados agregados a la segunda, apartados en los que se reafirma y reconoce la descomposición del Ejército Rojo y la influencia preponderante de las formaciones makhnovistas.

expresados con toda claridad en el mismo pacto, de manera que se agregó una cuarta cláusula al pacto de tipo político en la que se decía: «Siendo uno de los motivos esenciales del movimiento makhnovista la lucha por el autogobierno de los trabajadores, el ejército insurreccional se considera en la necesidad y en el deber de insistir acerca del punto siguiente: En las regiones en que opera el ejército makhnovista la población obrera y campesina creará sus instituciones libres por su autogobierno económico y político; estas instituciones serán autónomas y estarán unidas federativamente (mediante pactos especiales) a los órganos gubernativos de las Repúblicas Soviéticas».

Como puede apreciarse, el pacto constituía una tentativa para el establecimiento de bases que pudieran permitir la libre convivencia de dos tipos de vida social de por sí antagónicos: de una parte comunismo-autoritario, y de otra parte el comunista- libertario—tal como conviven actualmente en algunos países monarquía y república (12)—, dejando a la libre experimentación, y al resultado de los dos ensayos, el poder de extraer conclusiones y de establecer cuál de las dos formas resultaba mejor; de determinar, en suma, cuál de las dos había garantizado una mayor posibilidad de bienestar económico con el mayor grado de libertad y de respeto a la personalidad humana,

Fué pedir demasiado a los bolcheviques, los cuales, si en los primeros tiempos aceptaron las condiciones del pacto, fué con la idea precisa de aprovecharse de todo cuanto pudiera dar de sí la alianza, y con el propósito de no conceder nada a su tiempo, de suprimirlo todo (13).

Para los makhnovistas, el período señalado por esta tregua fué denso en actividad, lo que entre otras cosas permitió a los anarquistas ukranianos organizar un nuevo congreso, el famoso Congreso de Karkov, que debe su friste fama a la traición bolchevique, ya que, como se recordará, no pudo finalizar sus labores a consecuencia de la detención de todos sus delegados (400). Todos ellos acusados de conspiración, a pesar de que el Gobierno había concedido el permiso para la realización del Congreso. Pero esto no era más que la conclusión lógica de la política «envolvente» del Gobierno de Moscú. Una vez liquidado el peligro contrarevolucionario, los makhnovistas no le eran de ningún provecho y por lo tanto podía proceder tranquilamente a su dislocación.

No es necesario—a los fines de este trabajo—entretenerse en torno a los numerosos episodios de la acción guerrera que tuvo lugar a raíz del pacto mencionado; permitió a los guerrilleros makhnovistas destrozar la resistencia de los reaccionarios y vencer definitivamente las tropas del general zarista Wrangel. Si quisiéramos historiar esa gesta, deberíamos escribir un libro más voluminoso aún que el que Archinoff dedicó al movimiento makhnovista.

Por hoy basta recordar el hecho de que, liquidado el período wrangeliano, los bolcheviques reanudaron la campaña denigratoria y represiva contra Makhno y el makhnovismo, haciendo pedazos el pacto estipulado bajo la presión del peligro, como si se tratara de un papel sucio (14)

—*—

Pero aún es necesario dar a conocer el programa social de los campesinos rebeldes, porque en él se resume todo lo que es esencialmente diferente entre los bolcheviques sostenedores del régimen comunista-autoritario y los makhnovistas defensores del régimen comunista-libertario; entre el sistema de la dictadura de un partido y el de los soviets libres

En un documento publicado el 1 de enero de 1920 se exponían con claridad los puntos principales de este programa:

«MANIFIESTO
DEL EJERCITO INSURRECCIONAL DE UKRANIA
(Makhnovista)

A todos los campesinos y obreros de Ukrania, para su transmisión telefónica, telegráfica o por medio de correo ambulante a todos los pueblos de Ukrania. Para ser leído en las reuniones de los campesinos, en las fábricas y en los talleres.

¡Hermanos! ¡Trabajadores!

El Ejército insurreccional de Ukrania (makhnovista) ha surgido en señal de protesta contra la opresión ejercida sobre los trabajadores y los campesinos por parte de la burguesía y por obra de la dictadura comunista-bolchevique. Habiéndose fijado como finalidad la lucha por la liberación total de los trabajadores ukranianos del yugo de no importa qué tiranía. A la creación de una constitución propia y verdaderamente socialista, el Ejército

(12) Por ejemplo, en Inglaterra, Holanda, Suecia, Bélgica, donde la existencia de la Monarquía se conjuga con regímenes constitucionales parlamentarios.

(13) Las autoridades soviéticas retardaron largo tiempo—bajo pretextos diversos—la publicación del acuerdo concluido. Los representantes makhnovistas veían en esto un signo que no prometía nada bueno. Pero el sentido completo del retardo se hizo más claro poco tiempo después, cuando el gobierno soviético lanzó una nueva agresión, traidora y brutal, contra los makhnovistas. Dándose cuenta de la falta de franqueza por parte de las autoridades soviéticas, en lo que concernía a la publicación del acuerdo, los makhnovistas declararon firmemente que en tanto que el pacto no fuera publicado el Ejército insurreccional no obraría de acuerdo a sus cláusulas. Solamente después de esta presión directa el gobierno de los soviets se decidió a publicar parte del acuerdo concluido Pero sólo dió a conocer el punto II del acuerdo militar y el punto I del acuerdo político. El sentido del pacto fué así obscurecido y se hizo poco comprensible para la mayoría de los lectores. En cuanto a la cuarta cláusula del tratado político, los bolcheviques la separaron del acuerdo con el pretexto de que les era indispensable consultar con Moscú.» (Archinoff, páginas 268 y 269, libro citado.

(14) «En cuanto llegó a Goulai-Polé la noticia, enviada por Simón Karetnik (makhnovista), anunciando que había llegado con sus tropas y se dirigía sobre Simferopol, el ayudante de campo de Makhno, Gregorio Vassilevsky, dijo: «Es el fin del acuerdo (pacto con los bolcheviques). Apuesto lo que sea a que dentro de ocho días los bolcheviques nos atacarán por la espalda.» Esto fué dicho el 15 o el 16 de noviembre, y el 28 del mismo mes los bolcheviques atacaron a traición el estado mayor y las tropas makhnovistas en Crimea. Al mismo tiempo se lanzaron sobre Goulai-Polé, se apoderaron de los representantes makhnovistas en Kharkoff, saquearon todas las organizaciones libertarias y encarcelaron a todos los anarquistas, procediendo igualmente a través de toda Urania.» (Archinoff, libro citado, páginas 297 y 298. Ver más explicaciones en páginas sucesivas.)

BIBLIOTECA

insurreccional de los guerrilleros makhnovistas ha combatido intensamente sobre muchos frentes para llegar a la meta señalada y actualmente acaba de concluir victoriosamente la lucha contra el ejército de Denikin liberando una región tras otra de la tiranía y de la opresión.

«Muchos campesinos y trabajadores se han preguntado: ¿Qué hacer? ¿Qué es lo que se puede o se debe hacer? ¿Cómo obrar ante las disposiciones y las órdenes del poder constituído, de sus organismos?, etc., etc.»

Estas preguntas deben ser contestadas plena y categóricamente por la Unión Ukraniana de Trabajadores y Campesinos, que deberá reunirse inmediatamente, convocando a todos los campesinos y trabajadores.

Teniendo en cuenta que aun no se conoce la fecha exacta de esta reunión, que tendrá lugar en cuanto los trabajadores y campesinos hayan tenido la posibilidad de reunirse para plantearse y resolver los problemas más importantes que conciernen a su propia vida, el Ejército makhnovista estima necesario poner en conocimiento de todos las premisas siguientes:

1.—Quedan anuladas todas las disposiciones del Gobierno de Denikin; quedan también anuladas las disposiciones del Gobierno comunista que se hallen en contradicción con los intereses de los campesinos y de los trabajadores.

«OBSERVACION: Los trabajadores deberán resolver por sí mismos la cuestión siguiente: ¿Qué disposiciones del Gobierno comunista son perjudiciales a los intereses de los trabajadores?»

2.—Todas las tierras pertenecientes a los monasterios, a los terratenientes y a otros enemigos del pueblo, pasarán a cargo de los campesinos que hasta ahora se ganan el pan con el sudor de sus propios brazos. Este traspaso deberá realizarse de acuerdo con las decisiones de los campesinos, que deberán recordar y tener en cuenta, además de sus intereses personales, los intereses generales y comunes del pueblo trabajador oprimido por el yugo de los explotadores.

3.—Las fábricas, talleres y toda clase de establecimientos industriales, las minas de carbón y cualquier otro medio de producción, pasarán a depender de los trabajadores, quienes asumirán la responsabilidad directiva y administrativa, alentarán las reformas progresivas en la medida de su propia experiencia y tratarán de reunir en una sola organización toda la producción del país.

4.—Invitamos a todos los campesinos y trabajadores a constituir sus Consejos Libres de Obreros y Campesinos. Los Consejos serán compuestos exclusivamente por obreros en activo y pertenecientes a una rama de producción de utilidad general. Los representantes de las organizaciones políticas no podrán pertenecer a los Consejos de Obreros y Campesinos, ya que esto podría perjudicar en sus intereses a los propios trabajadores.

5.—No es admisible la existencia de organizaciones tiránicas, militarizadas, que contrasten con el espíritu de los trabajadores libres.

6.—La libertad de imprenta, de palabra y de reunión constituyen el derecho de cada trabajador, y cualquier manifestación contraria a esta libertad significa un acto contrarrevolucionario

Se anulan las organizaciones policíacas. En su lugar se organizarán formaciones de autodefensa que estarán constituídas por obreros y por campesinos.

8.—Los Consejos de Obreros y de Campesinos representan la autodefensa de los trabajadores y de los campesinos y por lo tanto todos ellos deberán luchar contra cualquier manifestación de la burguesía y de los militares. Es necesario luchar contra todo acto de bandolerismo y fusilar sobre el terreno a los bandidos y a los contrarevolucionarios.

9.—La moneda soviética y ukraniana será aceptada al par de las otras monedas. Los contraventores a esta disposición serán castigados.

10.—Se establece el libre intercambio entre los productores del trabajo—ya sean de carácter alimenticio o de tipo comercial—hasta tanto éstos no sean administrados por las organizaciones de obreros y de campesinos. Se propone que este intercambio tenga lugar «entre todos los trabajadores».

11.—Toda persona que se oponga a la difusión de este manifiesto será considerada antirrevolucionaria.

EL CONSEJO REVOLUCIONARIO DEL EJERCITO DE LA UKRANIA MAKHNOVISTA.»

—*—

Pero la lucha fratricida hacía verdaderos estragos. Los rebeldes makhnovistas eran calificados como los enemigos más terribles, y como a tales se les perseguía, destruyendo sus bienes y haciendas. Blancos y rojos alternaban en la represión.

En esta situación, era lógico que las proclamas y los manifiestos de los makhnovistas fueran dirigidos sobre todo a los soldados del Ejército Rojo, ya que en sus filas luchaban muchos de los revolucionarios que en más de una ocasión habían combatido junto a los anarquistas en las formaciones makhnovistas que se lanzaron contra el zarismo. Los que componían el Ejército Rojo eran obreros y campesinos, los cuales, como los habitantes de Ukrania, ansiaban llegar a un régimen de justicia, de bienestar económico y de libertad. Considerándolo así, los makhnovistas dirigían a sus hermanos del Ejército Rojo manifiestos como el siguiente:

«¡DENTENTE! ¡LEE! ¡MEDITA!

Compañero del Ejército Rojo:

Tus Comisarios y Comandantes te ordenan combatir a los insurrectos makhnovistas revolucionarios:

Por orden de tus jefes sembrarás la ruina en tierras pacíficas y laboriosas; requisarás, arrestarás, fusilarás a gentes que personalmente te son desconocidas, pero que te serán señaladas como enemigas del pueblo.

Te dictarán órdenes, no te consultarán. Y como humilde esclavo de tus jefes irás a encarcelar o a asesinar. ¿A quién? ¿Por qué?

¡Reflexiona, compañero del Ejército Rojo! Reflexiona, trabajador, campesino u obrero, sojuzgado

por la fuerza al nuevo amo que ostenta el sonoro y pomposo título de «Poder obrero y campesino».

Nosotros, los insurrectos, los revolucionarios makhnovistas, somos obreros y campesinos como vosotros, hermanos nuestros del Ejército Rojo.

Nosotros nos hemos sublevado contra la opresión y el envilecimiento; nosotros luchamos por una vida mejor, más pura, bella y luminosa. Nuestro ideal es el establecimiento de una comunidad obrera sin autoridad, sin parásitos, sin burócratas ni comisarios a sueldo.

Nuestra finalidad inmediata es establecer un régimen soviético libre, sin la autoridad de los bolcheviques y sin la presión de ningún partido.

El gobierno comunista-bolchevique os envia a esta expedición de castigo. Y por otra parte se apresura a hacer la paz con Denikin, con los polacos ricos y otros canallas del Ejército blanco para destrozar más fácilmente el movimiento popular de los insurrectos revolucionarios, de los oprimidos lanzados en justa rebelión contra el yugo de todos los poderes.

Pero no nos acobardan las amenazas combinadas de los mandos rojos y de los mandos blancos.

A la violencia responderemos con la violencia.

Cuando sea necesario, nosotros, minúsculo puñado de hombres, pondremos en fuga las divisiones del Ejército Rojo gubernativo. Porque nosotros, insurrectos y revolucionarios, somos hombres libres y amantes de la libertad, y la causa que defendemos es una causa justa.

¡Compañero! Medita y reflexiona. Piensa con quién te hallas y contra quién combates.

No seas esclavo, sé hombre.

LOS INSURRECTOS REVOLUCIONARIOS MAKHNOVISTAS.»

Ugo FEDELI

LA CULTURA EN LAS COLECTIVIDADES CAMPESINAS DE LEVANTE

COMO arrastrados por brusca tolvanera, se han perdido preciosos documentos, escritos acreditando hechos, historiando acciones, poniendo de relieve magníficas realizaciones de relevante ejemplaridad. La actuación, positivamente revolucionaria, desarrollada en España a partir de julio de 1936, sabemos que ofrece múltiples facetas, diversidad de aspectos a cual más merecedor de atención y estudio. Registrado fué en libros, folletos, revistas, boletines, periódicos, informes y reseñas, lo considerado como más perfecto, así como lo que se estimó merecedor de enmiendas o de completa transformación. Hubo también—no podemos echarlo en olvido—la labor anónima que para muchos pasó inadvertida, la cual aún y con todo no habérsele dado realce y publicidad, revistió singular importancia. Lo cierto es que nos faltan profusión de datos, que fueron anotados en su momento oportuno. Con el tiempo, a fuerza de paciente y reiterado afán investigador, se irá, indudablemente, recuperando material acreditativo de gestas magníficas. Mientras tanto, es evidente que al pretender evocar algunas de las actividades llevadas a cabo, hemos de hacerlo confiando tan sólo en la memoria, relativo y falible registro de hechos, en espera de que algún día podamos, unos u otros, emprender respecto a algunas cosas la descripción pertinente, con amplitud y precisión documental.

Por la cantidad numerosa de sus componentes, por el importante volumen económico que representaba, y por su brillante historial de luchas manumisoras, destacó, en la convulsión emancipadora del 36, la Federación Regional de Campesinos de Levante, el más importante bastión de la C.N.T. en aquella región. Ya desde años, sus más activos componentes le habían dado una trayectoria de honda compenetración con el sentir libertario que tomó arraigo en la conciencia de los primeros internacionalistas. Mucho antes de hacer eclosión la etapa revolucionaria aludida, eran un hecho comprobable la «expropiación invisible» y la diversidad de ensayos de trabajo al margen de explotadores. Había colectividad que, pese a la obstrucción y empeño saboteador puesto por los grandes propietarios y autoridades locales, seguía adelante con indomable voluntad. Después, cuando la oportunidad se mostró propicia en el orden general y se abrieron dilatadas posibilidades, aquellos productores del campo levantino estaban ya preparados para la renovación que se iba a intentar.

La honda transformación social que se proyectaba era lógico que empezara tomando arraigo en las conciencias; formando elementos de mentalidad y conciencia depurada. De ahí que, a la par de los problemas de tipo económico, los campesinos levantinos abordaran las necesidades de orden moral. En reuniones celebradas al efecto, parcos en palabras y animosos para la actividad positiva, abordaron la acción cultural, la necesaria campaña de capacitación. En la mayoría de aquellos elementos, que con esfuerzo tenaz, con incansable actividad, habían creado la Federación Regional de Levante, formada a partir del 36 por un vasto conjunto de colectividades agrícolas que abarcaban las provincias de Castellón, Valencia, Alicante, Murcia y Albacete, alentaba un vivo anhelo de vasta transformación. Pero la obra era de tal magnitud, tan grande era el conjunto, que las labores se bifurcaban en diversos planos de actividad, todos de trascendencia, todos de vital importancia para la obra común. De ahí que, al tener que abarcar mucho, forzosamente—máxime atravesando circunstancias excepcionales, como lo eran las de la guerra—no pudiera tener tan magna empresa la consistencia apetecida. No obstante, el intento fué laudable, en el aspecto cultural, por el hecho de querer llevar adelante una concienzuda labor de educación, de creación de conciencias libres, saturadas de espíritu solidario.

De acuerdo con los métodos federalistas que son consubstanciales al desenvolvimiento orgánico de la Confederación, las colectividades regían respectivamente su desenvolvimiento según características locales y posibilidades existentes, contando, por supuesto, con la cooperación del conjunto para su vida normal. Organo regulador lo era el Secretariado de la Federación, con residencia en Valencia. Unas quince secciones dividían responsablemente las diversas actividades. Una de ellas era la relacionada con la labor de cultura, de prensa y de propaganda. Tres aspectos que aun siendo, en cierto modo, independientes uno de otro, marchaban a la par. Tenía por objeto la Sección de Cultura intensificar las escuelas, con orientación de enseñanza racionalista, en el seno de las colectividades. Estaba a su cargo una Escuela de Tenedores de Libros, y se hallaba bajo su responsabilidad la Universidad Agrícola. La Sección de Prensa llevaba a efecto la edición y distribución de un semanario titulado «Vida». En cuanto a la de Propaganda, además de la preparación de actos públicos, mitines o conferencias, tenía como misión la orientación orgánica y doctrinal en los comicios o asambleas celebrados por los miembros de las colectividades en el área provincial, comarcal o local.

Particularmente en España, ya es sabido que las condiciones de trabajo en el campo siempre han sido penosas para los jornaleros: mal pagados, viven de precario y pasa su hogar por los consabidos agobios materiales. De ahí que en edad temprana pusieran ya los hijos a trabajar a fin de poder contar con una poca más de ayuda económica. Analfabetos los padres, igual suerte les esperaba a los hijos. Y en la región levantina, aun y con todo desenvolverse los trabajadores con menos

estrecheces que en otras regiones, el analfabetismo se dejaba sentir. De ahí que, ya en los primeros meses de la revolución, la C.N.T. abriera brecha en favor de la enseñanza primaria.

Tarea complicada era llevar al campo la instrucción elemental. Se carecía de maestros preparados para este menester. Maestros con una concepción digna, elevada, de la Pedagogía. Ya no precisamente elementos saturados de las concepciones racionalistas, propagadas por Ferrer y sus continuadores. Simplemente, un profesorado capaz de superar en la Enseñanza la secular influencia de la Iglesia y del Estado. Hubo algunos pocos, maestros y maestras de la Escuela oficial, que comprendieron el hondo sentido de la nueva etapa que se pretendía instaurar. Y a tono con esta concepción emplearon los métodos de enseñanza. Por lo demás, aparte aquellos elementos que ya desde tiempo habían regentado escuelas racionalistas, hubo que acoplar a nuevas escuelas compañeros con cierta cultura y marcada predisposición para las tareas escolares. Es comprensible que, en tales circunstancias, no podía evitarse el que se dieran casos patentes en que la buena voluntad superaba a la competencia. Y siempre, proviniendo de unas o de otras colectividades, se escuchaba la misma demanda apremiante: «¡Buscad maestros!», «¡Nos falta un maestro!» Demanda difícil de atender en la medida precisada, ya que, más que el hecho de improvisar una somera preparación a elementos susceptibles de desempeñar un tal menester, se tropezaba con la falta de personal, pues ante las necesidades de la hora hacía falta acudir a innumerables actividades.

La economía de las colectividades, para regular su normal funcionamiento, es de comprender que necesitaba contablilizarse En cada colectividad es necesario un tenedor de libros: intercambios, ventas, compras, retribuciones en especie, sueldo familiar, etc., lo exigían. Todo el desarrollo económico, y en algunas grandes colectividades era de consideración, precisaba del debido ordenamiento. Y como acontecía en lo referente a la enseñanza primaria, ocurría en la administración de las colectividades: faltaban tenedores de libros. De los que siendo profesionales, habían sido empleados, algunos cumplían bien: otros actuaban con mezquino interés; incluso los había que trataban de sabotear la obra común.

La Federación Regional de Campesinos de Levante trató de resolver el aspecto administrativo de las colectividades creando unos cursillos, con profesorado adecuado, para la formación de tenedores de libros. Se tenía un particular interés, sin hacer de ello una exclusividad, en que los alumnos, hombres y mujeres, sin distinción de edad a partir de los dieciseis años, fueran elementos salidos de las propias colectividades. Pretendíase que un tenedor de libros no fuera un simple empleado, un frío burócrata, sin amor a la actuación colectivista. Deseábase, en suma, que el tenedor de libros, moral y materialmente, fuera parte integrante de la colectividad con el fervor y cálido espíritu libertario que animaba a la mayoría de colectivistas.

El examen de ingreso a la Escuela de Tenedores de Libros, cuyo curso de preparación solía tener diez o doce meses de duración, consistía en un conciso examen relativo a la cultura, al grado de instrucción del solicitante, haciendo que éste desarrollara dos temas por escrito: uno exponiendo sus tividades, el otro a libre elección del alumno. Si los profesores encargados de las pruebas de ingreso, comprendían que el solicitante no carecía de cierta instrucción y demostraba tener voluntad y aplicación, quedaba admitido, corriendo durante todo el curso, que tenía lugar en Valencia, a cargo de la Federación los gastos de estudio, alimentación y alojamiento de los alumnos, quienes, una vez finalizado el curso y aprobados, pasaban a ejercer su cargo en tal o cual colectividad.

Es de notar el hecho de que, rehuyendo un rígido tecnicismo en la labor de conjunto; siempre con miras a una eficiente tarea de elevada idealidad, las asignaturas relacionadas con el curso de contabilidad no consistían tan solo en los estrictos conocimientos apropiados al trabajo de tenedores de libros, como se hace en las escuelas de comercio. Se buscaba además despertar en los alumnos un manifiesto espíritu de justicia, abriendo también en su mente horizontes a la cultura. De ahí que semanalmente se dieran en la clase conferencias instructivas sobre temas diversos. Incluso uno de los profesores, doctor en Filosofía y Letras, explicaba nociones de literatura y leía fragmentos de autores selectos, antiguos y modernos. Había también, a disposición de los alumnos, una biblioteca con obras escogidas. Existía, en suma, el propósito de estimular el anhelo de superación intelectual.

A unos kilómetros de la ciudad del Turia, en el término de Moncada, había una finca de bastante importancia, propiedad de uno de los caciques de la región. Fué expropiada por la Organización; y la Federación de Campesinos creyó que previas algunas modificaciones en la parte alta del edificio y en los jardines y huerta pertenecientes a la finca, reunía ésta inmejorables condiciones para instalar en ella un centro de enseñanza de carácter agronómico. En él podrían estudiar la técnica del campo los hijos de los campesinos que tuvieran afecto a la tierra. Y si fué fundada la Universidad Agrícola de Moncada. Hechas las modificaciones pertinentes, y hallado el personal técnico indispensable, se admitieron alumnos y dieron principio los cursos. Lo que había sido mansión confortable y recreo para uso exclusivo de un rico propietario, se transformó en una bella obra de interés social.

La formación de ingenieros agrónomos, de elementos especializados en las diversas características técnicas del campo, requería estudios detenidos, adecuada preparación en el orden teórico y en la práctica. Los alumnos alternaban las horas de clase con las prácticas al aire libre, en el campo y jardín de experimentación. Y lo mismo que se hacía con los alumnos de Contablilidad, se llevaba a efecto con los de Agronomía: procurar que la técnica de la profesión fuera unida a una concepción de la vida saturada de afanes de justicia, enamorada de la libertad y anhelante de cultura. Corrían igualmente a cargo de la Federación, en lo concerniente a la Universidad, los gastos de estudio, manutención y alojamiento de los alumnos.

Consecuente con su criterio relativo a las funciones de cultura y propaganda, la Regional de Campesinos de Levante estimó pertinente la pu-

blicación de un órgano de expresión en la Prensa. Y así vió la luz el semanario «Vida». Firme exponente de ideas, orientaba actividades y mostraba a propios y extraños lo más representativo de cuanto estaban llevando a efecto las colectividades. Plumas versadas en las cuestiones sociológicas daban a conocer semanalmente ideas estimables alrededor de los problemas más diversos. Técnicos en Agricultura manifestaban sus pareceres en relación con la modernización de cultivos y aprovechamiento de tierras. Junto a eso publicaba reportajes de colectividades, interviús con elementos confederales y de otros sectores sobre los problemas más acuciantes del momento y que, en mayor o menor grado, podían afectar a la Organización, y artículos literarios con objeto de fomentar el buen gusto y la apetencia de lecturas selectas. Se brindaron además las columnas del periódico a quienes, debutantes en el periodismo obrero y libertario, eran susceptibles, con la práctica, con voluntad y estudio, de poder adquirir soltura y originalidad en la expresión escrita. Así, jóvenes unos, y otros en la edad madura, fueron ejercitando sus cualidades, llegando algunos a revelar, para el futuro, excelentes aptitudes para la propaganda escrita.

Organo de la Federación Regional de Campesinos de Levante, el semanario «Vida», tipográficamente bien presentado, publicando bellas alegorías e intencionadas caricaturas, de excelentes dibujantes, era leído y difundido por los miembros de las colectividades, por los alumnos de los cursos, que lo recibían gratuito, y por los obreros de la industria que tenían un singular interés puesto en las cosas del campo, máxime en aquel período de optimismo, vencido el inicuo sistema de explotación secular.

Había entre aquellos campesinos, afectos a la C.N.T., hombres de manos callosas y agrietadas por el duro trabajo cotidiano. hombres de costumbres sencillas, la firme voluntad de crear un mundo nuevo. Sabían que el logro de sus nobles ambiciones tenía que basarse, para tener solidez, en el saneamiento de las conciencias, y en la cultura. De ahí que no regatearan esfuerzos en cuanto a aportación económica; no negaban su apoyo a ninguna iniciativa, ni aun a aquellas que pudieran parecer más audaces, si en ellas comprendían que iba incluída la posibilidad de alcanzar óptimos resultados; si les parecían viables para la formación de inteligencias despiertas, saturadas de fe en la virtud del pensar y el sentir libertario.

Retumbaban los cañonazos fascistas en el frente de Levante. Los monstruosos pájaros negros dejaban caer metralla sobre los pueblos y aldeas inermes. Avanzaba por doquier la ola del mal. Abnegados creadores de la Regional de Campesinos de Levante habían caído para siempre. Y pese a que la reacción iba dominando la situación, situación que podía vaticinarse fácilmente cuán catastrófica sería, hasta el último momento, hasta que fué un hecho consumado el predominio fascista, el más firme bastión de la C.N.T. y del anarquismo en Levante dió fe de entereza, de valor. Dejó para la Historia el rastro de su ejemplaridad, de su capacidad constructiva, de sus ansias de cultura. En propio enemigo tuvo que confesar su asombro, en más de una ocasión, al percatarse de la obra de conjunto llevada a cabo, pese a toda suerte de dificultades. Queda en la Historia lo hecho por aquello campesinos para ejemplo de tantos sindicatos de trabajadores agrícolas como en el mundo existen, vegetando unos en la más crasa rutina, marchando otros, a la manera de cabestros, llevados del ronzal por jerifaltes; alimentados unos en la órbita de Wáshington, otros en la de Moscú.

FONTAURA

NOTAS

OLIVERIO CROMWELL, EL ANARQUISTA ESPIRITUAL[1]

Las opiniones acerca de Cromwell han cambiado frecuentemente durante los últimos trescientos años. En primer lugar influyó en ellas el resentimiento de los realistas que volvieron al Poder en 1660. Porque el general Cromwell les había matado al rey, mientras que ellos—¡pobrecillos!—sólo pudieron desenterrar y ahorcar el cadáver del lord protector. Clarendon, el historiador realista, calificó a Cromwell de «hombre audaz y malvado», y el siglo XVIII, en general, aceptó ese veredicto. En 1839, Juan Foster, el biógrafo de Carlos Dickens, todavía daba por «indiscutiblemente cierto» que Cromwell vivió como un hipócrita y murió siendo un traidor. Sólo en 1845, gracias a un libro de Carlyle que encontró excelente venta, se hizo el milagro de convertir al público lector a una opinión muy distinta acerca de Cromwell. Tomás Carlyle no derramó lágrimas por Carlos I, e insistió en que Cromwell fué un hombre de verdades, no de mentiras. Después, el celoso erudito Samuel Gardiner, que descendía de Cromwell, aseguró a nuestros abuelos que Cromwell fué «en el terreno de la acción lo que Shakespeare en el del arte: el más grande y formidable inglés de todos los tiempos». A fines del siglo XIX, mucho después de haberse puesto de moda las estatuas históricas, se erigió la de Cromwell en Westminster, aunque no sin que el primer ministro de entonces, Lord Rosebery, tuviera que pagarla de su bolsillo. Pero sólo durante este último año, y en virtud de los esfuerzos de la Cromwell Association, se han puesto lápidas para señalar los lugares en que se libraron las batallas de Dunbar y Worcester.

La opinión acerca de Cromwell ha vacilado en el siglo XX, pero me parece que, hasta cierto punto, se ha tornado nuevamente contra él. Creemos que los victorianos hicieron mal en tenerle por una especie de mezcla entre Gladstone y Bright, aunque afectado por cierta aversión a la autonomía irlandesa. Y a muchos les parece nauseabundo que Cromwell justificase sus medidas políticas apelando a la Divinidad. Por otra parte, suele decirse que fué, por lo menos, un error suyo el matar al rey, y maldad suya el establecer una dictadura. Yo, producto del Oxford de la gran depresión (la de la crisis económica de hace veinte años), cuando escribí un libro acerca de Cromwell poco antes de la última guerra, le puse el sub-título de «El Dictador Conservador»; y una dama norteamericana, que publicó su libro sobre Cromwell por entonces, en 1937, usó palabras similares—*The Reluctant Dictator,* el dictador a pesar suyo, le llamó—. Desde luego, entonces escribíamos bajo la influencia de las dictaduras de Italia y Alemania y bajo la de la guerra civil española, que fué, supongo, para nuestra romântica generación lo que la Revolución Francesa había sido para la de Wordsworth. Ahora, sin embargo, creo que hice mal empleando la palabra «dictador» al frente de mi libro. Porque las dictaduras totalitarias, tal como las hemos visto desarrollarse en nuestro tiempo, por su supremo desprecio para todos los derechos del individuo no deberían ser comparadas con el breve período en que Cromwell mantuvo la ley marcial. Indudablemente, a Cromwell le habría gustado gobernar con ayuda parlamentaria. En primer lugar, había visto en el Parlamento la fuente de su propia autoridad. «Si no son el Parlamento—dijo en 1647—, no son nada, ni nosotros somos nada tampoco... Aunque sólo tenga la fuerza de su autoridad, aunque no sea más que una liebre cruzando el Támesis, preferiré retenerlo a perderlo.» Y aunque Cromwell se convenció posteriormente de que el hecho de que el Parlamento se mostrase incapaz de colaborar con él era prueba celestial de que él mismo era llamado a gobernar Inglaterra, continuó experimentando con Parlamentos de una o de otra clase hasta que murió.

Si esto basta para declarar a Cromwell—como creo que podemos—exento de inclinaciones *totalitarias,* hay que afrontar, sin embargo, el hecho de que su hábito de apelar a la Providencia—o a las providencias—para justificar su actuación política es algo que se le atasca en la garganta a nuestra generación. Aunque la palabra «hipócrita», con que se deleitaban los del siglo XVIII, pueda ser abandonada ahora para tener en cuenta algo de carácter psicológico, se nos hace difícil entender que cualquier hombre inteligente pueda realmente creer que su política debe ser regida por el curso de los acontecimientos, cuando estos mismos son, en gran parte, obra suya. ¡Qué ridiculez—decimos—que Cromwell diese a entender que, porque él había ganado la batalla de Preston, Carlos I tenía que morir; o que, porque los miembros del primer Parlamento de su Protectorado no accedieron a aprobar las medidas de reforma, él tenía el destino de ser todopoderoso! Pero yo sugeriría que la mentalidad de Cromwell funcionaba de este modo, realmente: casi siempre solía tardar en tomar una decisión; en casi toda ocasión, su enfoque era conservador, como si no quisiera subvertir cosa alguna hasta que hubiera que subvertirla. Al principio, como casi todos los miembros del Gran Parlamento había sido monârquico. Sólo destruyó la Monarquía cuando, al fin, se convenció de que el rey Carlos era un hombre dispuesto a derramar sangre. Entonces, como los jueces en el tribunal de Nuremberg, o la Prensa y el electorado británicos en 1918, estuvo resuelto a castigar al responsable de los derramamientos de sangre, imputándole la culpa de la guerra. Pero, una vez que se hacía el ánimo de seguir un derrotero, o así que se soliviantaban sus pasiones, procedía con gran rapidez. Apremió el proceso del rey, y su ejecución, a despecho de todos los obstáculos. Y fué el recuerdo de que un ungido monarca había sido juzgado y ejecutado, lo que hizo desistir a Carlos II de implantar el despotismo cuando con éxito pudo haberlo hecho. Eso fué lo que indujo a Jaime II a dejar la capital sin luchar por ella.

Después de la ejecución del rey, Cromwell admitió a regañadientes la realidad de que no había más alternativa que la República. Posteriormente, asumió la autoridad ejecutiva que, de hecho, ya había poseído por mucho tiempo como comandante en jefe del Ejército, que era el único instrumento de orden. Luego experimentó con una oligarquía de hombres selectos—experimento que había sido propugnado por muchos pensadores políticos de la época, contado Milton entre ellos—. No necesito mencionar todos los experimentos de Cromwell en el terreno constitucional. Como él mismo apuntó, no estuvo «uncido o ligado» a formas de gobierno. Tanto es así, que anduvo del caño al coro buscando un sistema gubernativo estable. Se consideró a sí mismo como una especie de alguacil designado para velar

(1) Este trabajo ha sido radiado en el Tercer Programa de la B.B.C., y publicado posteriormente en su revista *The* Listener, donde ha aparecido bajo el mismo título que aquí tiene.

por la paz de la parroquia. Algunos historiadores recientes han intentado hacer ver que su suprema proeza histórica consistió en salvar del caos a Inglaterra. Yo no lo creo. Los soldados vencedores, siempre dicen eso en cuanto ganan guerras civiles. Sir Tomas Fairfax podría haber hecho tanto. Y cabe decir que George Monk hizo precisamente lo mismo poco después... restaurando la Monarquía. No; la grandeza de Cromwell, hay que hallarla en otras cosas.

A mi modo de ver, la principal aportación de Cromwell a nuestra historia no consistió en salvar a Inglaterra del caos, sino en su doctrina de la libertad de conciencia—una doctrina que, además de predicarla, practicó—. Cromwell era calvinista, desde luego. Creía que su mano era guiada por Dios, y que «muchos son los llamados, mas pocos los escogidos». Llegó a convencerse de que él era jefe elegido del pueblo elegido. Sin embargo, esa convicción se afirmó en él con lentitud, y nunca, creo, llegó a ser completa. Le confesó en cierta ocasión a un amigo que él era propenso a atribuir excesiva importancia a «influencias externas». Y cuando se hallaba en la agonía, hubo un momento terrible, en el que se preguntó: ¿y si, después de todo, no fuera yo uno de los elegidos? Pero ahí radica, efectivamente, la paradoja fundamental del carâcter de Cromwell: precisamente por estar convencido de que se hallaba en íntima comunión con Dios, carecía de paciencia para los dogmas y le tenía sin cuidado el sistema de administración eclesiástica, como al fin le fueron indiferentes las formas de gobierno secular. Fué, al decir de un historiador norteamericano, «un anarquista espiritual, dispuesto a llevar el principio del juicio personal y de la libertad espiritual hasta el más remoto límite de la diversidad abarcada por el nombre de Protestantismo».

En 1646, después de la batalla de Naseby, escribió Cromwell al presidente de la Cámara de los Comunes: «Desearía que quien arriesga la vida por la libertad de su país, confíase a Dios la libertad de su conciencia, y a vos la libertad por que lucha». Poco después de la batalla de Dunbar, en 1650, discutiendo con quienes decían que si se otorgaba libertad a la gente para predicar el Evangelio de Jesucristo se correría el riesgo de darle plaza al error, replicó Cromwell: «Vuestro fingido temor de que surjan errores, se asemeja al hombre dispuesto a privar de vino a todo un país para evitar que algunos se emborrachen». Y en 1654, en un discurso al Parlamento, dijo: «Ciertas nociones tan sólo causarán daño a aquellos que las sustenten». En esas dos declaraciones se halla la esencia de nuestra moderna idea de la tolerancia, de la libertad de conciencia, en una libre comunidad democrática. La pugna y la tentativa en pro de la libertad individual fué algo característico de Cromwell. «Lo que ganamos libremente—dijo—vale más que el doble obtenido de modo forzado, y será más verdaderamente nuestro y de nuestra descendencia». Como escribió Lord Morley, «aquí está la raíz de toda libertad externa».

Cromwell creía en el derecho del individuo a la libertad de conciencia, pero también en la divina ordenación del mundo. Como otros hombres, se sintió intrigado por el problema de cohonestar la libertad con el orden, y, ciertamente, no consiguió resolverlo. Pero en lo más hondo de sí mismo abrigó la creencia en lo que la mayoría de nosotros entendemos por libertad: la libertad de la mente o del espíritu. Mantuvo que era «injusta e imprudente envidia» privar a un hombre de su libertad natural so pretexto de que podría abusar de ella: «si abusa de ella—añadió—, que se le juzgue entonces». Cromwell opinaba que «el espíritu» era «el hombre». Y creyó que, dentro de ciertos límites, todos tenemos derecho a buscar la verdad a nuestro propio modo. Suyas son estas palabras: «Ser un indagador es pertenecer a la mejor secta, después de la de los Halladores, y a ésta vendrá a pertenecer al fin todo fiel y modesto indagador».

Dirán algunos que la aplicación, por parte del mismo Cromwell, de esta noción suya de la libertad de conciencia, fué excesivamente limitada; pero, como ha señalado Sir Ernesto Baker, el campo inicial de aplicación de cualquier principio será siempre pequeño, y sólo crecerá al correr del tiempo y al ir ensanchândose la mentalidad del hombre. Podemos ver, por ejemplo, que en sus conversaciones con Jorge Fox y en su decisión de readmitir a los judíos, permitió que prevaleciera su sentido natural de la libertad. Hay hasta indicios de que consideró la conveniencia de aplicar la misma medida de tolerancia a los católicos, al menos en Inglaterra. Y esta actitud suya no surgió simplemente de sus experiencias prácticas como Lord Protector, sino que siempre fué parte de su manera de entender la vida. «Hermanos—dijo en 1645, antes de terminar la Guerra Civil—: en cosas del espíritu, no deseamos más compulsión que la de la luz y la razón».

Cromwell tuvo cierta pasión por «curar» y «arreglar». Intentó—vanamente, en verdad—establecer la paz interior, gobernar con el Parlamento, unir de modo permanente a ingleses, irlandeses y escoceses. No era difícil para los panfletistas del siglo XVII, ni más ni menos que pueda ser para un editorialista moderno, insistir en la necesidad de paz y unión, elogiando al mismo tiempo las virtudes de la libertad individual. Para quienes efectivamente están gobernando un país, es mucho más difícil mantener esos principios, no fácilmente conciliables, en el trajín de los negocios diarios.

Tan difícil fué para Cromwell como, por ejemplo, para el presidente Truman saber hasta qué punto convendría extender los derechos individuales, cuando claro es que pueden ser explotados para minar el mismo aparato administrativo. Sin embargo, el principio de que hay que mantener tales derechos es la esencia de la democracia y el protestantismo. Cromwell, desde luego, no fué único en su tiempo. Ahora podemos advertir que el patrón de la vida inglesa debe mucho a las enseñanzas de los teólogos «latitudinarios» de su tiempo y al espíritu del racionalismo, representado posteriormente por Juan Locke. Creo, en efecto, que los modernos investigadores del siglo XVII concordarân en admitir que la creencia en el valor de la tolerancia estuvo más difundida de lo que se había supuesto. Pero Cromwell se halló en situación propicia para fomentarla. Y pudo proclamar, como si dictase su propio epitafio: «He tenido mis culpas; pero, gracias a la misericordia de Dios, no he sido desafortunado en el empeño de impedir que una religión cualquiera se sobrepusiese a otra». Una vez que hubo tanta libertad de cultos como bajo el Protectorado de Cromwell, le fué imposible a la Iglesia anglicana recobrar su posición exclusivista bajo el reinado de Carlos II, e imposible igualmente para Jaime II retrasar el reloj histórico. La Ley de Tolerancia, de 1689, debió a Cromwell más de lo que sus autores pudieron nunca suponer. Las Iglesias Libres, salvadas así del rencor de los fanáticos, sobrevivieron para que sus enseñanzas y tradiciones pudieran ser asimiladas por el radicalismo del siglo XIX. Sugiero, pues, por tanto, que si podemos considerar a Cromwell un honrado y gran estadista, es porque sinceramente luchó por fomentar y mantener la libertad de conciencia, mejor que por haber sido un soldado victorioso o un eficiente gobernante.

Maurice ASHLEY

OTRO PEQUEÑO EPISODIO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Acaban de llevarse a Gregorio.

Gregorio, un campesino andaluz tranquilo, paciente, afable y ceceante; asombrado, extrañado y miserable, con acento del terruño que me sería imposible traducir.

Gregorio... ¿qué habrá comprendido él de lo que le ocurre, totalmente al margen de su voluntad? Nada; absolutamente nada. Creía soñar. Todo se ha producido, para él, como en una pesadilla. No ha asimilado nada. Irá hasta el pelotón de ejecución extrañado, sin comprender de qué se le acusa; sin comprender qué le reprochan, por qué le inmolan, por qué también él está destinado al sacrificio.

Seguro estoy de que, aún en el camión que le lleva, trata de contar a sus vecinos—que se preparan a morir—lo que fué su vida, cómo y por qué fué «colectivista»—como él decía—, y por qué estuvo en el frente; de proclamar su inocencia, de decir que jamás ha matado a nadie, porque incluso en el campo de batalla apuntaba al aire cuanto podía para no hacer víctimas, puesto que no veía enemigo alguno en los que tenía enfrente y sobre quienes le ordenaban tirar

Su vida... La conozco de memoria. Tiempo tuvo de contármela mil veces, desde el día en que entramos juntos en esta celda, empujados por las mismas culatas, insultados por las mismas bocazas, molidos por idéntico interrogatorio, en el que se nos quería hacer declarar toda clase de crímenes.

Gregorio era originario de C..., en Andalucía. Un pueblecito polvoriento y miserable de donde, periódicamente, una parte de la población huía a lo lejos, acosada por el hambre.

El pueblo entero y las tierras que lo rodeaban pertenecían al conde de M..., gran latifundista, que los habitantes del lugar jamás habían visto y que habitaba—decíase—en Madrid, abandonando la administración de sus vastas posesiones a un hombre de su confianza, cuya fortuna aumentaba a ojos vista el diablo sabe por qué razones...

El padre, el abuelo, el bisabuelo de Gregorio vivieron siempre en C..., y trabajaron toda su vida como jornaleros al servicio del conde de M...

Gregorio perpetuaba la tradición. No había conocido jamás otros horizontes. Ganaba seis reales por día; es decir, por una jornada de trabajo que iba del amanecer al anochecer. Necesario fué que llegara la guerra para que comiera pan casi blanco, del que no había conocido, hasta entonces, ni el color ni el gusto.

Gregorio sentía por el conde de M..., que nunca había visto, el mismo respeto sumiso que un ser primitivo puede sentir por una divinidad poderosa y lejana, cuya fuerza misteriosa parece cernerse constantemente sobre su cabeza como una amenaza.

Esta sumisión se extendía al administrador, próximo tirano conocido, y al capataz que velaba para que permaneciera todo el día inclinado sobre su agotadora labor, bajo el sol o la lluvia.

No sabía de justicia ni de injusticia. Su condición le preocupaba apenas. Jamás sospechó que su situación pudiese mejorar, ni que, no muy lejos de él, hubiese hombres que lucharan encarnizadamente por mejorarla.

Vió cómo moría la monarquía y nacía la república, con la misma indiferencia.

Cierto es que casi no tuvo ocasión de darse cuenta de ello: tan pequeñas fueron las modificaciones que se produjeron en el pueblo. Aparte de que sacaron el retrato del rey de la Alcaldía, sin sustituirlo por otro, nada substancial se produjo en C... para que el villorrio advirtiera que el régimen había cambiado.

El conde de M... era el dueño y señor de la galera durante la monarquía y continuó siéndolo durante la república. Durante la monarquía se comía pan negro; durante la república continuóse comiendo idéntico pan. Se ganaban seis reales por día, mientras se era apto al trabajo, durante la monarquía; otros tantos continuaron ganándose más tarde, mientras érase apto para el trabajo. Robábanse aceitunas, durante la monarquía, para aumentar un poco la escasa pitanza; otro tanto se hacía, y por la misma razón, durante la república.

Gregorio no conocía otra cosa. Su vida no era más que eso: el conde de M..., el administrador, el capataz, el trabajo desde el amanecer al anochecer, los seis reales por día—cuando había trabajo, que no era siempre—, el pan negro, y el robo de aceitunas.

Hasta el día en que algo extraordinario e inesperado se produjo, que lo trastornó todo y modificó la faz del mundo —del pequeño mundo de Gregorio—, sumiendo en el mayor desconcierto al villorrio de C...

Cierto número de hombres llegaron un día de la lejana ciudad, vestidos todos de un mono azul, con las armas en la mano. Detuvieron al administrador, al capataz, al cura, a todos los que servían directamente los intereses del conde de M..., y hablaron a los pueblerinos en un tono que nadie había empleado nunca ante ellos hasta aquel día. Sus razonamientos eran absolutamente nuevos para los indígenas, que no sabían a qué santo encomendarse, y que tomaron la resolución de dejarles hablar...

Pero, quisieran o no, todos se vieron obligados a adaptarse a las exigencias de la nueva situación. Los ciudadanos dejaron en el pueblo a algunos de los suyos, que tomaron la dirección del trabajo en las posesiones del conde de M..., desde entonces colectivizadas.

Las cosas no iban peor que antes, si exceptuamos el esfuerzo mental que los pueblerinos debían hacer para comprender lo que tan de súbito venía a trastornar el equilibrio social del lugar.

Gregorio, más despierto que la mayor parte de sus conciudadanos, fué nombrado, de la noche a la mañana, responsable del trabajo de un sector de la colectividad. Salió bien del apuro porque conocía bien el trabajo y la propiedad. Escandalizado, pese a todo, en el fondo de sí mismo, por lo que él consideraba un robo y desaprobaba.

Vino luego un día en que le pusieron un fusil en las manos; la retirada de Andalucía; la lucha proseguía más lejos, en tierras cuya existencia sospechaba apenas, donde se hablaba un lenguaje extraño, de sonoridades bruscas y pedregosas, y donde los hombres tenían un aspecto extranjero y creyó que eran verdaderamente extranjeros, rusos acaso, puesto que, según se decía, eran muchos los que habían llegado.

Y la guerra se terminó un día, casi sin que él se diera cuenta, cuando se hallaba en Barcelona, una ciudad que le tenía asombrado y asustado a la vez, y a la que—me decía—jamás se habría podido acostumbrar.

Paseó, errante e indeciso, de una a otra calle de la ciudad monstruosa y desconocida, durmiendo donde la noche le cogía, comiendo lo que caía en sus manos, contemplando a los que huían ante la proximidad del enemigo, y participando al asalto de los almacenes que la población hambrienta saqueaba... Hasta que su uniforme llamó la atención de los primeros franquistas que le vieron...

Lo detuvieron. Pidieron informes a C..., y cuando los informes llegaron, le hicieron el honor de conducirlo a un comisariado de policía, donde le hicieron firmar, con una cruz, unos papeles que habría podido leer si antes le hubieran enseñado, sin olvidarse de administrarle una soberbia paliza, según ordena el undécimo mandamiento de los nuevos cruzados.

De allí lo enviaron a lo que se ha dado en llamar Cárcel Modelo de Barcelona, en la que entramos al mismo tiempo.

He ahí, pues, la muy simple historia—una de tantas—de Gregorio, un campesino andaluz que va a morir en Cataluña asesinado, asombrado de cuanto ocurre en torno suyo.

J. VILAGELIU

FE DE ERRATAS

En los sonetos de J. García Pradas publicados en el número anterior bajo el título general de «Flor de solaces», se deslizaron varios errores de imprenta, que deseamos rectificar.

Decía el último terceto del titulado «De Omar Kayám»:

«sin saber para qué, por qué ni de adónde,
de la vida saldré, quiera o no quiera,
para ser, como tú, polvo en el viento...»

Pero el primer verso debió decir:

«sin saber para qué, por qué ni adónde,»

Decía el último terceto del titulado «Voz de cántaro»:

«Si queremos que suene, y no a disculpa,
no alta y hueca, sino honda y llena
se ha de hacer nuestra voz de queja y culpa.»

Pero el segundo verso debió decir:

«no alta y hueca, sino honda, clara y llena»

Decía el tercer cuarteto del titulado «De Shakespeare»:

«mal que así casi llegue a despreciarme,
si al azar pienso en tí, cual todavía
que del surco sombrío asciende al día,
suele al cielo cantando himnos alzarme.»

Pero el texto original decía así:

«mal que así casi llegue a despreciarme,
si al azar pienso en ti, cual totovía
que del surco sombrío asciende al día,
suelo al cielo cantando himnos alzarme,»

Société Générale d'Impression. — *Le Gérant : Charles DURAND*

LA MAJA DESNUDA

Uno de los más delicados cuadros de Goya. Comparado con otras de sus pinturas, de género popular, costumbrista, cuadros en blanco y negro, caprichos y aguafuertes, se obtiene la medida del prodigioso genio creador del artista. Goya es el más grande de los pintores modernos desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

NUESTRA PORTADA

Retrato de Francisco de Goya, debido al pincel de Vicente López, gran amigo del pintor. Es el más expresivo y vulgarizado de los retratos sobre el genial artista.

Goya nació en Fuendetodos (Zaragoza), el 30 de marzo de 1746, y murió en Burdeos a los ochenta y dos años de edad, o sea dos años más tarde de haberse pintado este retrato.